

PUNTO DE PARTIDA

Número 75-76

Dirección: Marco Antonio Campos
Jefe de redacción: Mariela Cuervo
Secretaría de redacción: Ma. Luisa Anzaldúa
Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 25.00 M.N. Número doble \$ 50.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 150.00 M.N. Números atrasados \$ 50.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 100.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Dirección General de Difusión Cultural, Centro Cultural Universitario: Insurgentes Sur 3000.

Sumario

POESIA

Segundo Encuentro de Jóvenes Poetisas (Feb. 1982) Casa del Lago

Poemas	4	Miriam Moscona
Declaración de dolor	8	Mónica Mansour
Poemas	13	Germaine Calderón
Poemas	22	Gabriela Rábago Palafox
Poemas	31	Silvia Tomasa Rivera

Taller de poesía del Palacio de Minería, coordinado por Evodio Escalante:

Poemas	38	Rodrigo Osset
Poemas	39	José Luis Orizaga
Poemas	42	Juan Carlos Bautista
Lavado de conciencia	45	Enrique Romo

Taller de poesía de la ENEP Acatlán, coordinado por Humberto Rivas

De nuevo al mar	48	Jacobo Sefami
Colaboraciones de estudiantes		
Poemas	50	Eric Herrán Salvatti
Circunstancia inevitable	54	César Espino Barros
Viaje onírico	57	Alejandro Ambrosi
Poemas	59	Raúl Iván
Poemas	62	Ma. Angeles Juárez Téllez
Anayte	64	Jorge Quintanar

CUENTO

Taller de narrativa de la ENEP Acatlán, coordinado por Humberto Rivas:

Mictlantecutli	66	Facundo Coletti
Arlequín embalsamado	68	Cristina Rivera

Una navidad diversa	71	Alejandro Toledo
Gabriel	73	Mario C. Acevedo
La imaginación al poder	75	Normando López García
Taller de cuento de la Casa del Lago, coordinado por Eduardo Mosches:		
Cuentos	77	Miguel Angel Domínguez
Tras una apariencia	86	Fernando Tenorio

CRONICA

Taller de periodismo coordinado por Máximo Simpson:

Las mujeres reclaman la noche	88	Ma. Eugenia García
-------------------------------	----	--------------------

LIBROS

Taller de crítica literaria coordinado por Francisco Prieto:

Las batallas en el desierto	92	Francisco Márquez
-----------------------------	----	-------------------

Taller de crítica literaria de la Casa del Lago, coordinado por Sandro Cohen:

Avidos rebaños	94	Martha Ramírez Reyes
----------------	----	----------------------

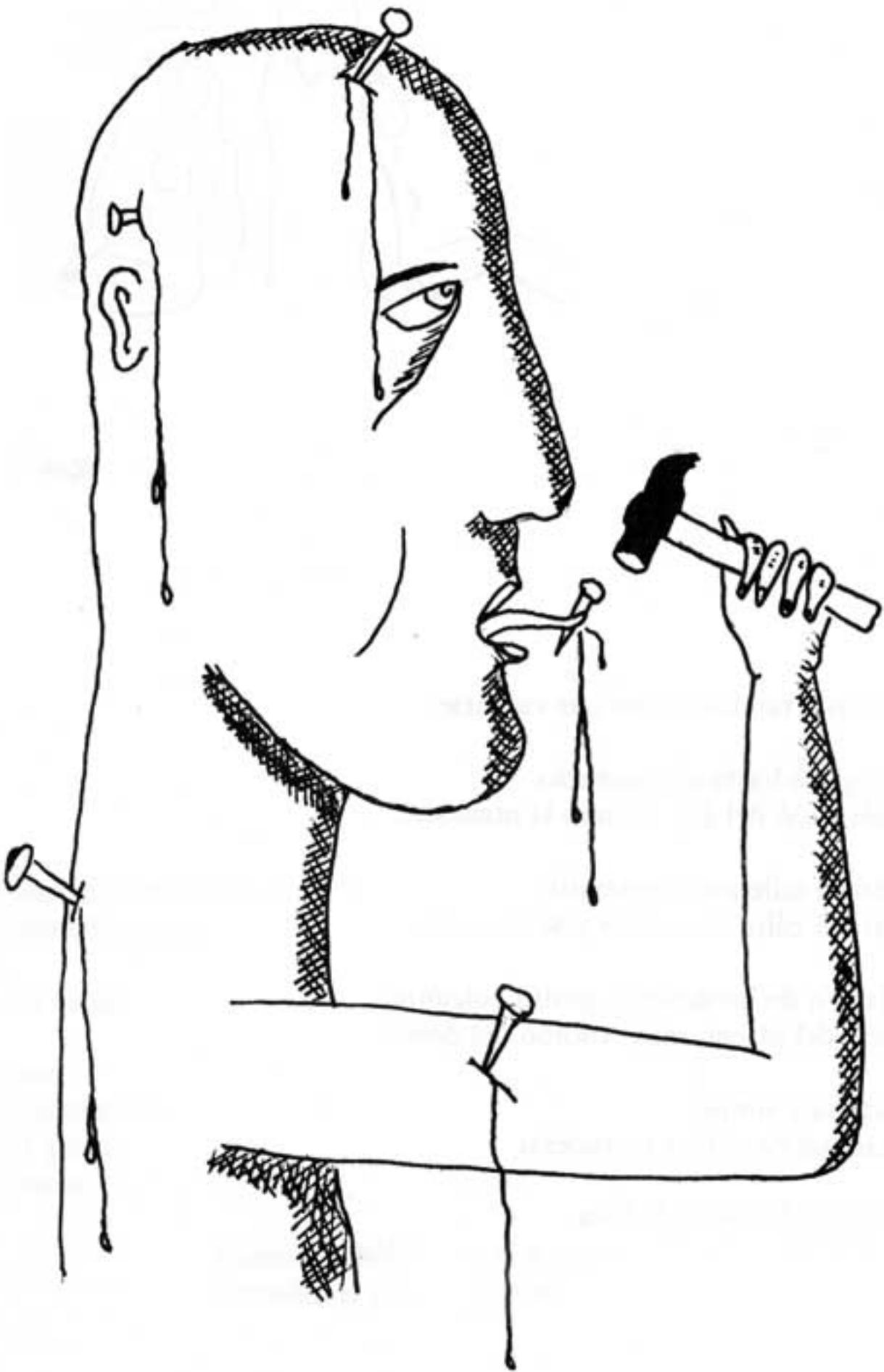
TEATRO

El cazador	98	Filadelfo Sandoval
------------	----	--------------------

ENTREVISTA

Carlos Oliva	109	Mariela Cuervo
Carátula y viñetas		Federico Isunza Breña





POESIA

POEMAS

por *Miriam Moscona*



Ecne def

I

Eva, la musa, también tuvo que cubrirse.

Bebió, copuló hasta el cansancio
y después cayó del árbol como la manzana.

Escondió su talle para mostrarlo,
conquistó el cáliz de su dios y se marchó.

Unico jardín de las delicias, jardín colgante,
precipicio del placer, mayordomo del deseo.

Eva solitaria y simple
jinete campal de coitos y praderas

Eva la espiga, la firme, la loca.
No le valió el castigo, el veneno o la expulsión:
tan sólo la mirada

II

Adán creó a Eva en el jardín vacío,
en el vergel sin nombre:
dentro de sí mismo.

Se recogían solamente por la noche.
Ella, que apenas dominaba el jardín,
le aguardó fragante en la pradera.

Sabia en amores, Eva templó su voz.
Nadie volvió a buscarla.
La mujer lloró bajo la higuera.

A lo lejos, alguien reía.
Los griegos generosos
prestaban cien madejas
de los hijos de Penélope
a la desesperación de Eva.

III

Serpiente se escribe con S.
Se arrastra Sinuosa.
Atrás.
Un paso atrás.
Roja.
Pst, Ptssts:
Viento a su favor.
Cae del árbol.
Se retuerce.

Llanto en la lejanía.
Termina el primer jardín.

“Entonces la mujer de Lot
miró atrás, a espaldas de él,
y se volvió estatua de sal”

Génesis 19/26

LA MUJER DE LOT NO TIENE NOMBRE

Un giro a la mitad y apestaste al punto.
Todos han muerto, ciertamente.
Tus hijas partieron sin decirte adiós.
Pensaste en tu ciudad,
en los huertos inflamados
que jamás florecerían.

Nadie te liberó.
Tampoco tus ojos encontraron paradero.
No te quedarás sola.
Pájaros nocturnos bajarán,
Lot estará llorando.
Volverá después, te lo aseguro.

Te arrancará el pezón,
le bastará la sola orilla
para sazonar el pan de diez generaciones.

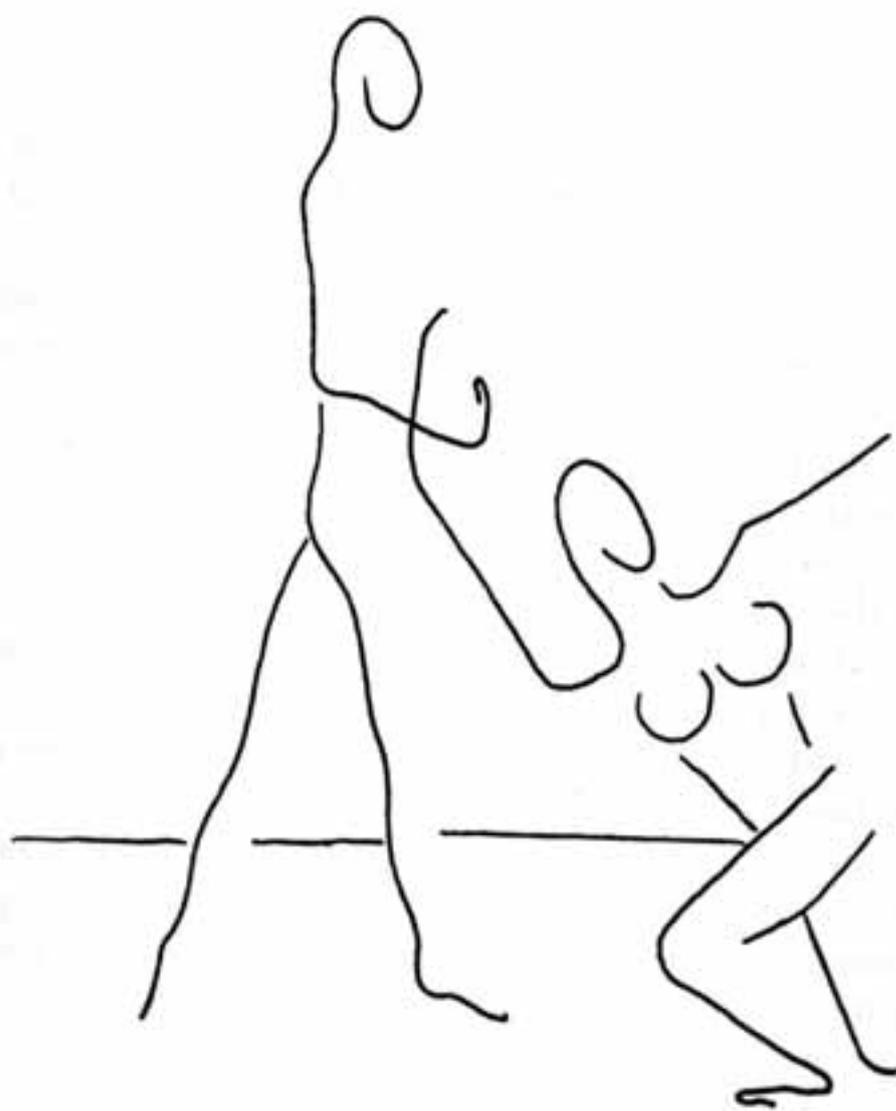
Cada cien años abres tu letargo
apenas logras un lamento:
“Lot, amor mío, tengo enfrente
un espejo que me obliga”.

Cuando levante la gleba
habrá muerto Lot.
Una hoja subirá
a coronarse en la hinchazón..

Tu saliva será un recuerdo.

DE LA COLORACION DE LOS CUERVOS

Cuando salieron a buscar la noche
eran blancos todavía.
Como no hubieron de encontrarla
(volaban el polo equivocado)
Negros de coraje regresaron.



oinedef

DECLARACION DE DOLOR

por *Mónica Mansour*



A Efraín Huerta

I

qué sola y sin palabras
tan adentro de tu piel
qué sola va tu sangre
navegando sin revés
dice broma y amores
y le responden dolor
dice poemas y tintas
y le contestan con tos
dice tristezas recordadas
y le responden dolor
geografías de cocodrilo
y le contestan con tos
dice viajes de mapa y viento
y le responden dolor
qué sola va tu sangre
tan adentro de tu piel
enamorada de tu carne
traicionada por su voz

II

quiero gritar que me dueles
que no puedo asesinar tu dolor
los hilos negros del teléfono
tiemblan anticipando
la posible vibración
los números blancos discuten
con las yemas de los dedos
recuerdo todos los números
toda la gente que me quiere
y sólo podría marcar el de tu casa
pero tú no estás ahí
cómo me oirás en tu cama blanca
si te grito cada instante que me dueles
que se cubran tus sábanas asépticas
con mi grito de sangre infectada
con el dolor de tu dolor

III

no, Efraín
no es cierto
eso que dicen los poetas
y amigos que tienen miedo de dar el pésame
no es cierto
no es cierto que te quedas
aquí entre nosotros
sí queda tu calor
y queda tu derecha
(que a tantos ha dolido)
quedan tus declaraciones
de odio y amor, palabras
que mueven miedos
y ciudades
pero de todos modos
no es cierto
yo sé que no es cierto
yo sé que no puedo hablarte
para viajar a una papelería
o acariciar tu mano blanca
y ahí sobre la mesa
no está el whisky ni los ojos
tristes, sí, que dicen
contestar lo que no digo

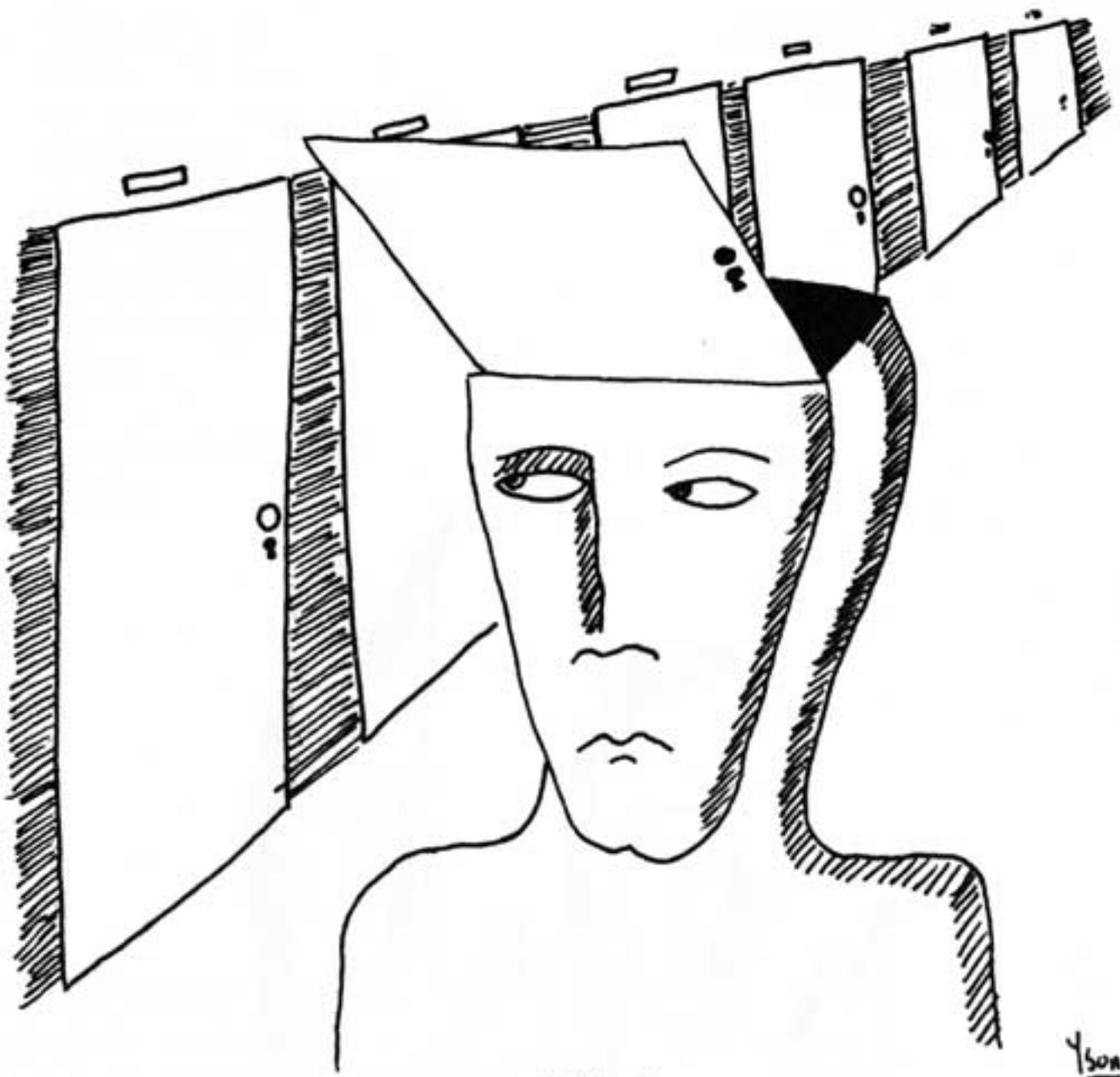
quedan tus amores en cada calle
de esta ciudad
queda la risa que irrumpe
en agujeros las vidas cotidianas
y hasta la tos tan molesta
plasmada en resquicios
de las paredes
pero de todos modos
no estás tú para darle la palabra
al cocodrilo que ronda tu casa
no estás tú para revisar
una y otra vez
tantas pilas de papel manchado
ni para rescatar las mariposas
que quieren morir en tus libros
no está tu sonrisa complicada
con alguna lágrima
 no me mire de amores
 qué puedo hacer con todas
 esas lágrimas
 derramadas en la mesa
 junto al vaso de whisky
por eso es que digo
no es cierto eso que dicen
no es cierto
no estás
y sólo queda otra lágrima
por sembrar

IV

no puede ser que de pronto
después de tu entierro
haya quien empieza a usar tu nombre
como guante propio
no puede ser que de pronto
tengas tantos amigos desconocidos
y tantos enemigos conocidos
que tu muerte fuera causa
de derechos de publicación

arrebatados
de disculpas atrasadas
de acomodados en fotos inesperadas
de justificaciones de llanto
inoportuno
y las puertas cerradas aún
después de tu muerte
temor de tu derecha
no puede ser que de pronto
después de tu entierro
haya quien se atreva a decir:
bueno, de todos modos
hay que reconocer. . .
yo sé que lo sabes
que siempre lo supiste
no es novedad pero
no puede ser que de pronto
después de tu entierro
duela tanto





voyeur

Ysonja



POEMAS

por Germaine Calderón

SER O ADULTO

Los adultos se mueren hacia dentro
con una familiaridad casi siniestra
caminan
aprietan los labios
despreocupadamente ignoran

Los adultos con ojos en silencio

Si vuelves a mirarlos
es como la puesta de un espejo
donde la curiosidad se estrella
con la misma figura
si adviertes algo
es una ausencia
el mismo bastón
el mismo siempre

Hay filas
se acomodan
los que hablan con la corbata
y se anudan el respeto
los que pronuncian frases básicas
y creen en su estatura
los que se cierran
en su propio sonido

Observa su crecimiento ensimismado
su deseo de ser hombres
y un intento y otro
fallido
por ser un poco más
que esa armazón
por afirmarse en el absurdo
y no en la maquinaria
que los hace escupir
llegar al mismo sitio cada día
y cada muchos días
al fin de un calendario
que retorna de la misma manera
que se practica
con la misma asiduidad
que el sexo
cotidianamente
rutinariamente
sin respeto

En la noche
por la ciudad
los adultos van detrás de sí mismos
del otro lado de sus hábitos
se interrogan
lloran
se arrepienten
luego olvidan
crecen más
como forzados por una ciencia oculta
como dotados
de una capacidad alquímica
para que todo se mida por dinero
en casas de cambio
en establecimientos insalubres
en farmacias
en capacidad para digerir el miedo
las computadoras
y las llamadas de larga distancia
porque todo es igual
todo les es igual
de un lado y otro de su sombra

Me niego a crecer así
a la rutina
a los domingos holgados como blusas
a las azoteas puestas a secar
en forma semejante

a las viudas de negro
y silenciosas
me niego a los notarios
a los años que terminan en la misma fecha
a la costumbre invulnerable
a las sábanas para cubrir a los muertos
y a los miércoles
a esa mitad de la semana
donde los adultos se duelen ya del jueves
y se golpean
de un rincón al otro de su cuerpo
y beben
con un extraño agobio

Perdona mi insistencia
mi afán de rebeldía
de extensión por el espacio
perdona que me duela el agua
que ame las estaciones
a donde arriban trenes
y zarpan desvaríos
que ame lo que no permanece
lo que se abre como una ventana
a los caballos

Perdona que te quiera
más de lo que tú sospechas
que crezca en ti
de una manera primitiva
que ame donde naces
hacia otros sitios más humanos
donde el corazón se te desborda
como calle al mediodía

Perdona que me calle muchas cosas
que te hable del reloj
que marca los puntos cardinales
que en el mapa de la ternura
piense en ti
que prefiera los árboles
en vez de la gramática
que no quiera durar
y ande buscando
una hora menos
una cifra para restársela a mi ser

Si voy hacia adelante
perdona que sea desde la sangre

sin inventarios
descalza
y perdona que te importune
a horas impropias
para crecer

YA NO SOY UN CABALLO

Hay signos
desesperanzas en duelo
algunos vagabundos
en crecimiento con la noche
con el olor del mundo

Los montes marineros azules
nosotros silenciosos
buscando algún rellano
un pueblo más que éste
insignificante en tres patas
una sombra del tamaño del agua
y un vino incesante
a la hora de la memoria
para caer tumbados en las lindes
donde se ríe
con una extraña mueca
por nuestra desnudez obscena

Hoy he volteado
mi sueño como un guante
yo mismo
me he puesto a secar por el reverso
y el corazón se extraña
de su doblez
de su flanco
de su tamaño inminente
y yo
me extraño
de ser tan parecido
a un hombre

Siempre pensé que era un caballo
las gentes me llamaban por mi nombre
y yo acudía
con un instinto manso

Amaba la corteza llovida
el grano tierno como dádiva
y creía
en los músculos simples
en la rapidez del aire
en la oración impaciente
desbocada

Entonces
los árboles
semejaban guerreros
lo verde venía de las raíces
y las raíces no tenían
un lugar fijo

En esas largas caminatas
se estrenaban los días
y no había otro lenguaje que vivir
de una manera recia
desde el origen
casi brutalmente

Era el tiempo de los mitos
de los encantadores
con sus flautas

La medida era el fuego
el bienestar residía
en ser
de pronto
de la crin a los nervios
rebelde
y sin embargo
el ojo siempre
agrandado
por la mansedumbre

Pero hoy me descubro
tan igualmente a todos
limitado en la especie
tan humano y amargo
limitado en ideas
en trabajo
y tan sólo
y tan solo mirando

DE NUEVO HACIA LAS ISLAS

Para un pequeño gran ser
sin nombre

Como una campana triste
te caíste a mis ojos
que ahora repican lejos
en el sitio
de las cosas ausentes

La vida se amotina
luego se pierde
y un caballo de sombra
recorre las palabras

Voy a estrenar mi luto
a emigrar desde el corazón que madura
en la puerta cerrada de la noche

Sin embargo
algo canta en mí
cuando corro a encontrarte
y a pesar que me obstino
en celebrar su ausencia
me detienes
me multiplicas
me trasciendes
entonces borro su presencia
y la culpa se instaura

No ves que tengo miedo
de asistir de nuevo a la ternura
que quiero y no quiero
llenarme de ti que sueñas
que estás lleno de besos y de agua
no ves que no debo olvidarlo
y apenas lo recuerdo
cuando ocurres a todos los caminos
porque estás hecho como los días mojados y descalzos

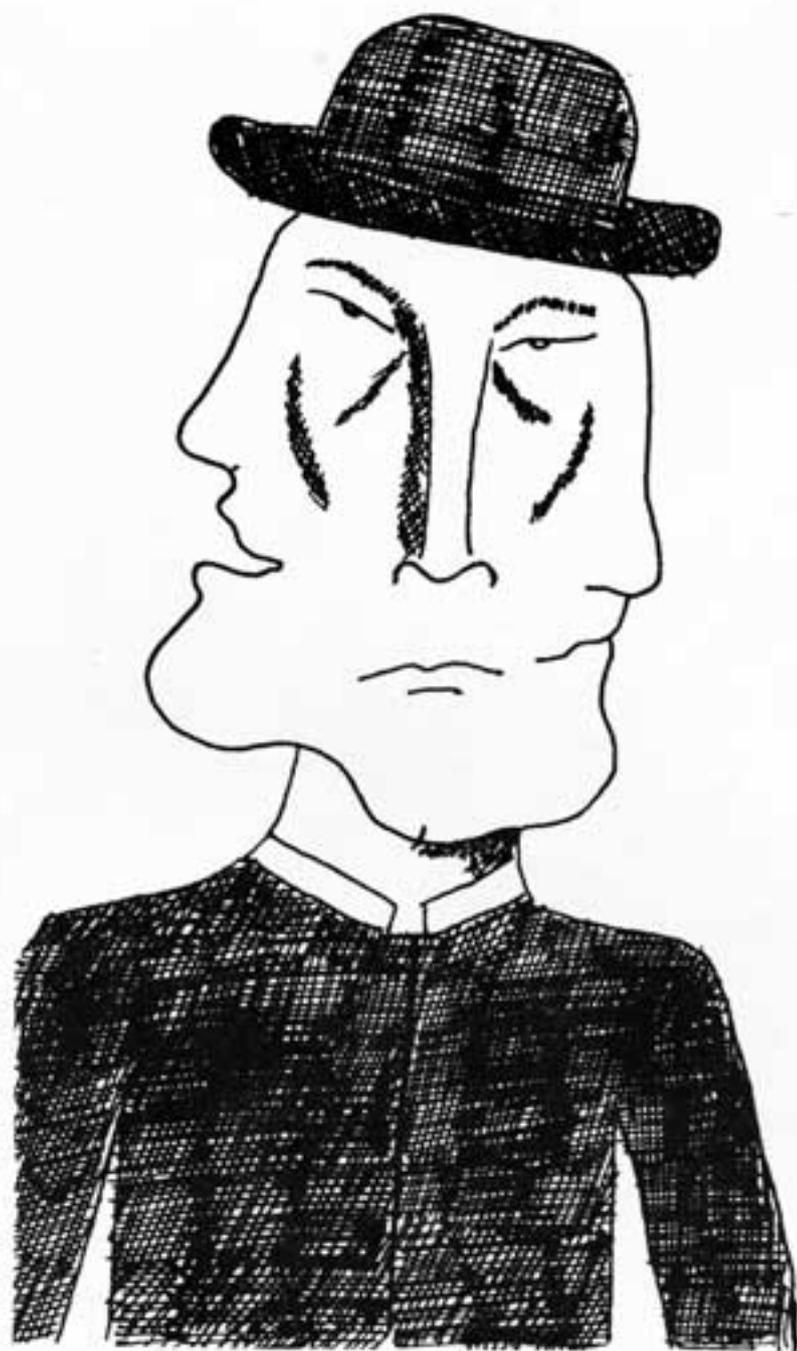
El se ha quedado dentro
fruto dilatado
en la soledad espaciosa
yo volteo su herida
para que no me alcance
vengo hacia ti
y sólo sé tus manos
tu cuerpo que transcurre
y sólo sé que él era
lenguaje que se calla
con algo de marino
de latitud propicia para el mundo
él era
la capital simétrica del alma
la encarnación de ti
que llegas siempre
que emigras hacia mí
como un pequeño pueblo

Tal vez hubiera sido
como un árbol delgado por el aire
o tal vez no
quizás un poco triste
como ciertos días
y ciertas plazas
y algunos hombres

Ahora eres tú
el tiempo donde vives
y ya no toca
a la voz del grito
y ya no duele la sombra
ni se precipitan los pies en la caída
hay nuevo espacio
para la tierra
para aprender a andar
con todo este silencio

Cuando tú vienes
la ciudad se adivina
queda atrás
el nombre que no tuvo
su geografía
aún no descubierta
su litoral de pájaros
y la sangre que lo esperó para ser
retornar hacia el origen
a la primera sílaba

Ahora tú escribes
mi crecimiento con tu cuerpo
despeño mi desnudez en ti
nos habitamos
y es como si nacieran países en el mapa
y lluvia y es
como si de nuevo
el tiempo y la aventura







POEMAS

por Gabriela Rábago Palafox

EL MITO DEL MANZANO

El árbol de la ciencia
del Bien y del Mal
es un árbol que tiene
la retorcida mueca
de un olivo, cargado
con aceitunas verdes
y pájaros extraños.
Lo pierde la Escritura
entre hojas de cebolla
y sentencias y párrafos
y lo encuentran las monjas
cuando en la madrugada
el por qué de sus ansias
persiguen suspirando.
Y su oscuro prestigio
de infierno cuaternario
se alza en la conciencia
de todos los judíos
y todos los cristianos.
El mal que cada día
se funde en nuestras sombras
lo alienta, paso a paso.

Ya sólo el Mal,
por los siglos de los siglos,
vaga sobre la Tierra,
con el andar rugoso
que tienen los lagartos;
porque el Bien
—mitad clara
del olivo-manzano—
se evadiera del bíblico relato:
¡lo vieron escapar
los ángeles guardianes,
los fantasmas,
los saurios,
como una paloma primitiva
que libera la angustia
de romper con un pacto!
¿No sería aquella ave
la paloma gemela
del Espíritu Santo?
La Paloma del Bien,
huésped de aquel árbol
que sería
urdimbre delicada
de lo bueno y lo malo,
pues las hojas tendrían
enveses de virtud
y anversos de pecado.

A la sombra del mito,
es posible
que el Hombre y la Mujer
se rozaran los labios
con los labios,
que mezclaran
sus pálidas salivas
de regusto anisado,
que palparan sus cuerpos
y dieran con el todo
del gozo compartido
—inclusive el cansancio—
y, al borde del vacío
y el desengaño,
inventaran
la gastada rutina
de engendrar dormitando.
Pero quizá anduvieron

por caminos distintos,
extraviados.
Y tal vez la serpiente
anidó
en el centro del lecho
inmaculado,
en la cama del místico secreto,
hecha de amaneceres
y de campo;
y el desamor nació
equivocadamente,
como un hijo de enfermos
o de ancianos.

Y, como masticada por orugas,
acaso
se rindió
la armonía paradisiaca
de ese valle
de encanto.
Y, tal vez
—absurdo planetoide
del infinito espacio—
la manzana prohibida
se quedó
colgada del manzano.

MATER AMABILIS

Sor Amparo
quiere un niño
para su regazo tierno.

Quiere sor Amparo
un niño
que alimentar con sus pechos.

Desamparada de amores,
sor Amparo
—flor de invierno—

quiere un niño
que sacuda
el claustro
como un cencerro.

Monja de oscura mirada
y de oscuros pensamientos,
Amparo sueña que tiene
un niño
dentro del seno.

Dicen que se vuelve loca
de anhelar un niño nuevo:
le dan al de San Antonio,
niño de pintura y yeso.

XXXVII

Hace ya muchos días
que vivo en castidad:
puro temple de nieve
en los muslos,
en los pechos dolidos,
en los labios que,
todavía,
guardan el gusto amargo
de tus labios.

La noche toda
es una espina verde,
levantada,
larga como un camino
que comienza en tus brazos
y termina en mis sienes.

La castidad:
hace ya muchos días.
Soy,

porque tú no estás,
como la monja aquella
que tenía
la mirada abatida
de tristeza,
la frente transparente,
y una clara firmeza
en las caderas,
y el respirar ardiente.

La monja
con la aguja de bordar
entre los dedos
y la garganta seca
de repente.

La monja
prisionera de sus miedos,
enemiga
del más sobresaliente
de los siete pecados capitales.
Bajo el sol del otoño
se consume su carne
y se le vuelve
de granito el sexo.

Un nubarrón espeso
adelanta la tarde.

XXXVI: APUNTE BARROCO

Tú, en el retablo dorado.
Con un rubor de gozo en las mejillas,
y los labios entreabiertos
—como esperando
que acuda yo a besarte.

Entre la cera
y el perfume dulzón de las camelias,
admiro tu perfil de mártir,

adoro tu mirada de alfileres negros,
acaricio tu nombre
sumado al santoral.
¡Con cuánta devoción
me abstraigo
en mirarte largamente
hasta que en los vitrales
se deshaga el día!

Oro en silencio
(digo tu nombre
como una letanía)
cuando las campanadas
se estrellan en la siesta
y el capellán
profana
con paso
co
 ji
 tran
 co
tu santuario.

XL: EL DON DE LA PALABRA

Inmensa soledad la de tu casa
vestida de silencios.
Soledad traspasada de amargos alaridos
ahogados,
contenidos,
para que nada
—ni el último clamor de tu conciencia—
traicione
el silencio inenarrable.
No hablemos, pues.
No hablemos.
Hay que cortar las cuerdas de la voz
a todo ser que atravesase el umbral
de tu casa callada.
(¿Cómo decir, entonces, que te quiero?)

No sabes que la muda soledad de tu casa
se hunde
en el agua sombría de tus ojos.
Ignoras que habita tu sonrisa,
que duerme abandonada en tus ojeras,
que te llena la boca de nada.
No te das cuenta
de que esa soledad sacrificada
en piedra de silencios,
te penetra la piel,
lame oscura y helada
el caudal delicioso de tu sangre.
Te besa las axilas.
Te acaricia el sexo,
pero tú no lo sabes.

¿Y cómo descubrirte
que te estás convirtiendo en soledad?
Que muy pronto
el aullido final de tu garganta
se apagará en tus labios.
Que tu risa será una mueca inútil.
Que perderás el don de la palabra
cuando la soledad te gane
irremisiblemente
esta batalla.

Los blancos muros de tu casa sola
respiran soledad.
Y el silencio es un tigre
que palpita
separando tu cuerpo del mío.

Yo quisiera golpear con los puños
una lámina enorme de metal,
junto a tu lecho.
Despertarte.
Estrellar los cristales.
Desconcertarte.
Sacudirte la pulpa de los huesos.
Permitir que una lluvia sinfín
de sonidos inciertos
te cubra,
te abata,
haga que tu lengua se levante
como un mar bravío,

y el grito
que ya no puedas tener amordazado,
se sume a los ruidos
del dolor y la vida.
Que el viento llegue
para arrasar la atmósfera
con un olor de lluvia y yerbas machacadas.
Y que la soledad
que ha sido capelo de tus ansias
se rinda al ímpetu feroz
de viento y lluvia.
Como cenizas.
Después, te digo, amor,
ya nada importaría.
Ni siquiera el alivio postergado del llanto.







POEMAS

por Silvia Tomasa Rivera

Jugaré a pensar
las travesuras
de una niña
sin aceptar
haber medido la circunferencia
de tu cuello.
Gozaré mi abandono
disfrutando el sabor
de la espuma
que se ha quedado
inevitablemente en mi garganta.
Una cerveza para los tiempos
cálidos
y todo sigue como de costumbre:
la calle, tu andar lento,
las piedras como soles.
Pasillos y casas que no conozco
ventanas sin luz,
ardo en fiebre, mi mano tiembla.
El aire ya no quiere tener que ver conmigo
cada vez que recuerdo
que quiero jugar con
la espuma de la cerveza;
es el quehacer en el que quisiera
caer nadie. Tras la sombra

un niño duerme y la amazona
de carácter tibio le sonríe
ella no ha visto el cielo esta noche,
le pido permiso para usar sus manos
y lentamente se sumerge
en el olvido.

¿En qué punto estamos ahora?
amada desconocida
¿Hasta cuándo tus ojos
dejarán de mirar profundamente
el vaso y yo podré romper este
desgarrador silencio?

Eres capaz
de transformar
la realidad
más inmediata;
sólo pensar en ti
alrededor de las dos a.m.
sabiendo que en tu angosto sofá
hay un animal hambriento que me espera
para enredarme en sus piernas morenas.

El encuentro casual
en calle húmeda, el frío
como siempre se hace cómplice.
Me arrastras a la puerta invisible,
mis senos se ensanchan
y navegamos en el infinito
mundo de Eros.
Los peces ahogan los suspiros
y un sabor de anís
nos baña por completo.
El viaje fue muy largo,
y al regreso
el cuartito de hotel
se inunda de jazmines
—Ahora lo sabemos—
los ángeles están de nuestro lado.

•

No cabe duda, que una
al estar sola
imagina las cosas más extrañas,
como en aquellos tiempos
cuando creí que el amor
oscilaba entre tus barbas
y mis senos —y era como una niña
que acaba de aprender el alfabeto—



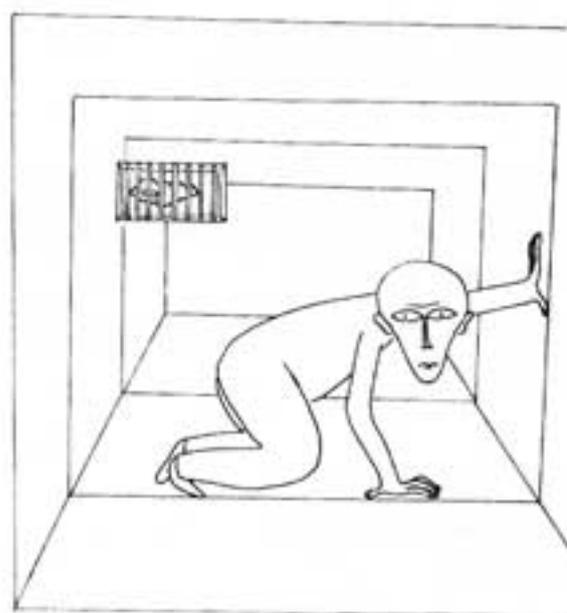
Desde la medianoche de mi cuarto
te conjuro
—hombre de medianos conflictos—
y te exhorto a que te vistas
de vida.
No intentes acostumbrarme
a tus desprecios,
no quiero atraparte
entre mis redes
(ni que fueras monstruo marino)
lo que sí me gustaría
es jugar con tus barbas
más seguido, y hacer
figuritas en tu cuerpo
con mi lengua de víbora.
Puedes estar tranquilo
tampoco pretendo
hacer un río subterráneo
con la última gota
de tu semen.
Sólo pido un lugar
junto a tu cuerpo
algunas veces
en este invierno
y después —lo prometo—
regresarte a la muerte.

CAFE DE CHINOS

La mantequilla derritiéndose
ante mis ojos, hace que te olvi
un poco.
Observo al señor de enfrente
mientras escucho la música
del organillero, frente a la puerta
del café de chinos. Como un largo
y cotidiano lamento.
El señor cuenta los billetes
de lotería y me mira de reojo.
Entra una gitana y con su falda
me toca el codo, me vuelve
a la realidad,
a pensar en ti.
Escudriño la barra, te encuentro
casi en el mismo sitio,
tu espalda es lo más familiar
sólo que ahora te recogiste el pelo.
Te presiento solitaria
más que otras veces,
siento ganas de abrazarte
y salir corriendo
hacia los cuatro vientos,
no parar, sino en la puerta
de un hotel, de un baño público,
de un cuarto de azotea ¿será posible?
donde te sienta viva ¿para qué más?
todo a mi alrededor es tan disperso,
la ciudad es una loza enorme
que se estrella en mi cara
haciéndola de piedra.
Los bolsillos no resistieron
el restregar de mis manos
y se han roto.

CARTA A UN DESCONOCIDO

No voy a hablar en esta carta
de mis divagaciones que desprecias
hombre desconocido.
Tu cotidiana lejanía
va de la mano con tu gesto
grabado para nunca
en la memoria,
como un cuento no escrito
como aleteo de mariposa
que se muere.
¿Por qué habríamos de amarnos?
si el tiempo de acariciar
la cabellera ansiosa ha pasado
“hay cosas importantes”
y no te detuviste ni un segundo
para saborear un chocolate de cerezas.
Sólo un beso en el aire
con la angustia de un niño
que teme desordenarse el pelo
un día de fiesta.
Así es caballero amable
sus ojos le dieron el nombre
a la ternura, y no hay razón
para que yo le olvide.
Nunca quizás pueda encontrarme
jadeante hasta tu pecho
en la esquina de alguna calle,
ni pueda decirte un poema de amor
despacito, una tarde de lluvia,
porque eres el desconocido
el que no quiso
sino pasar de largo
una noche cuando las rosas
se atrevieron a desafiar el frío.





Taller de
Poesía del Palacio de Minería, coordinado
por Evodio Escalante

P O E M A S

por Rodrigo Osset

ENTRE LAS ONDAS

Veo la sangre fría a través
de la rendija de cristal
Líquidas sombras arrugan
la eterna cuna de los peces

El pecho se entumece y se condensa
apretado por esa piedra ondulante y transparente
en la que nado y nado
sin ver que me acerco a parte alguna
ni que me alejo

Pesa el vuelo eso sí
de mis brazos y mis pies
entre los peces
volubles cicatrices con que el agua nace
con que el agua muere

MI MUÑECO

Doblan campanas ay
doblan tocando a muerto.

Tiembla el gallo La cruz
de hierro tiembla
en la torre de la iglesia.

Doblan las campanas ay
quién habrá muerto.

Deja lágrimas en su rincón
el corazón de mi muñeco.



POEMAS

por José Luis Órizaga

PETICION

Aquí iba un poema
 Pero escapó de la hoja
 Si alguien lo encuentra
favor de regresarlo

Gracias

NO QUIERO

No quiero decirte muchas cosas, porque temo ser inoportuno
No quiero decirte muchas cosas, porque temo ser •
No quiero decirte muchas cosas, porque temo
No quiero decirte muchas cosas, porque
No quiero decirte muchas cosas
No quiero decirte muchas
No quiero decirte
No quiero
No

I

Disculpe. . .
 Estoy manchada de letras

II

Antes se me trataba con cariño
Eran caricias las que me hacían las personas
 al escribir
En cambio hoy
 soy abofeteada sin piedad
por esas armas llamadas máquinas de escribir

III

Nadie llegó
 y silenciosamente
 con pasos sólo imaginarios
avanzó hasta la nada, cuya cerradura
era de papel marfil: se asomó a través del orificio
 no mencionado antes
y se miró a sí mismo

IV

Cuando quiero besar
mis labios chocan con la ausencia de los tuyos

V

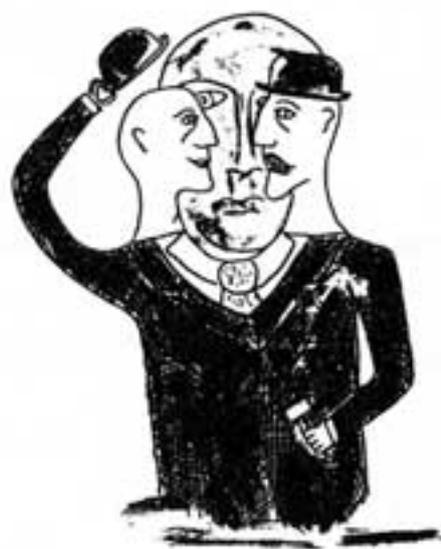
Contigo no fui feliz
pero me faltó muy poco

VI

Mi amor por ti crece crece CRECE CRECE

VII

Mi camisa ama profundamente a tu blusa
Se conocieron
el día
que las dejamos sobre el pasto





POEMAS

por Juan Carlos Bautista

SONETOS

II

No quisiera contarle mi alegría,
decir mi pensamiento y mi secreto;
la fuente de mi sed yo la respeto
pues es la aurora y luz del nuevo día.

No inquiera. No diré. Solo vivía
hasta ayer silencioso. En concreto
nada diré de mí en el soneto
(Que es la forma sublime en la poesía).

Pero quiero decirle que la vida
es belleza y luz si usted se empeña
en andar rutas siempre de subida.

De dolor y cansancio no dé seña,
no preste atención a sus heridas,
pues guijarro será que se despeña.

III

Nada tengo, poesía, que ofrendarte,
ya no me queda nada que ofrecerte:
Olvido me golpeó cual viento fuerte
y tuve en un rincón que abandonarte.

No tengo noches ya que regalarte,
mancilladas están mi vida y suerte;
soy flor enhiesta a un paso de la muerte:
no tengo más recurso que matarte.

Hoy la palabra está desfallecida.
Si la mujer marchó, no queda nada,
no queda el rastro inútil de la vida.

Ya no nos queda nada de la lira,
y si es que ves mi tez transfigurada,
es el recuerdo inútil que suspira.

RUMBO EQUIVOCADO

Te veniste silenciosamente,
pintando cuadros iguales
a los de Goya
en aquel tiempo en que no me amabas
y creías que el arte
era ocupación de tontos.
Volaste muy lejos
y comprendiste al llegar
allende el mar,
que tu destino estaba
en un sitio brumoso.
En el filo del amor.
Allá, en la otra orilla del silencio.

VISION

Viste al fin,
cuando descubriste la alegría,
a la mujer vestida
 de exotismo,
delgada muy delgada
y extremadamente pálida.
Le dijiste que la amabas
y creíste conocer la dicha
mientras ella sonreía
con su descarnada boca
y sostenía una hoz
entre las manos.

CINEMA I

Se alejó mirando de reojo
la ciudad mientras vomitaba.
La Metro grabó estas
trágicas escenas.
Pero no era uno solo, era una multitud.
La bruma cayó
sobre el paisaje
y la contaminación lo
convirtió en fantasma.
Y mientras el tema musical
marcó las notas finales
y la pantalla decía
 THE END,
un sudor frío y un sollozo
trágico surgió en el público.
Lejanos estertores
se hospedaron en la mente
 de todos.
Salieron a la calle y se
 dispersaron
cantando tal vez
México lindo y querido

La bruma caía sobre la ciudad.



LAVADO DE CONCIENCIA

por Enrique Romo

Tenemos los corazones rotos
de tanto golpe interno,
de tanta saliva hecha piedra
que nos juega como pelotita por las venas.
Estamos con las ojeras como taparrabos
para que nadie vea nuestra tristeza,
tenemos las manos a punta de filo
porque el tigre es él y es ella,
no hablamos porque las palabras se han vuelto mudas
y nos pesa
y lo sabemos
y nos callamos,
a pesar de todo seguimos viviendo
¿Verdad?
Ya nos cuestra trabajo
andar en la calle:
porque nos da miedo mirar de frente
y huimos,
¿Para burlar a qué?
sino solamente a nosotros mismos.
El sol ya nos castra
porque no es nuestro,

es mentira que nace para todos,
porque la falta de pan da frío
y al sol parece que no le importa.
Nos levantamos con miedo
y no quisiéramos despertar,
porque en el sueño la pasamos mejor
y somos eternos.
Pero eso es simple descanso,
lo duro
está con los ojos abiertos
y la mano en la chamba
o en el licor,
qué importa,
cualquier cosa para olvidar es buena.
Odiamos a los pájaros
por sus alas
y los queremos porque nos traen algo de suavidad,
aunque no nos hagan caso,
¿Verdad?
Y así no la vamos pasando,
buscando dónde alquilar uñas,
porque nosotros ya estamos mancos
de tanto pensar.
Pero ni modo,
nos tocó vivir esta época,
en donde más vale
ser menos tonto que el otro,
más veloz que los camiones,
menos triste que la lágrima,
más honrado que la misma vida
¿Verdad?







Taller de poesía de la
ENEP Acatlán, coordinado por
Humberto Rivas

DE NUEVO AL MAR

por Jacobo Sefami

Te deshojo
 junto al sorprendido
 temblor
 del viento
encima de las jirafas
 olvidadas
 en el museo
frente a la eterna sombra
 de tu mirada
alrededor del sueño
 paciente
 de las palabras
 calladas
cerca de las primeras uvas
 que saborean ya
 el inicio
 de su dulzura
lejos de la marea tranquila
 del sol
antes de que el rocío
 te bañe

y te vista
después de que el viento
te haya entregado
de nuevo
al mar
debajo de la tierra
de la aturdida muerte
desde los torrentes
acechados
por el vacío
entre la maraña
laberíntica
del apocalipsis
hasta el luminoso resplandor
de tu sombra
hecha añicos
por el agua
trás la máscara
de mi silueta
invisible
sobre la gangrena
y la lepra
de las pieles
inundadas por los ojos
afuera de tus labios yermos
truncos
diluídos
en tu boca
dentro
muy dentro
te deshojo
te desplumo
te poseo
hasta que tu fragancia
armonía
y hermosura
desaparecen
y se evaporan
en mi cuerpo

•



POEMAS

por Eric Herrán Salvatti

UNOS OJOS FRENTE A UN MURO

a Chacha

como quien se arranca el corazón
y puede contarlo
esa tarde el cielo estaba en llamas
de nuevo es mar lo que le duele
dije
y estuvimos esperándote
él y yo
yo y el otro
el de Borges
como la noche pasada
reducidos a cotidianeidad
encerrados en el mundo
como genios en botellas
esperando
el paso de la ráfaga triste
de tu mano

mientras más allá
como si hubiera más allá
estaban los horizontes

rubicundos
infestados de gorriones
nubes que observaban
esperanzas milimétricas

me imagino que en algún lugar
dos ancianas hablarían
como siempre de la vida
sugiriéndole cualquier cosa a la luz
o perdonando a los geranios
o no dejándose vencer
por el frío artificial de los periódicos
y de los ágapes forzados

y me imagino que en algún lugar
habría una noche desmayada entre unos brazos
mostrando heridas
llenas
de niños jugando

unos ojos frente a un muro
dijeron
unos ojos frente a un muro
pues quiere morir con las alas puestas
el viento

POEMA EN DOS PARTES

1

yo estoy seguro que esa vez
esa mañana
ella me vió rondar su casa
desde su ventana
grande
blanca y rosada

un pez a punto de naufragar
el tiempo
se escondía en la risa

que a su vez los niños escondían
de sus padres
una caricia sobre el cuerpo
acorralado del cielo
una verdad más allá de los pájaros
mi cuerpo
plantado en el centro del silencio

2

recuerdo que por ese entonces
todo mar nos era insuficiente.

ERES TAN EFUSIVA COMO EL MAR

a Chacha

1

eres tan efusiva como el mar
hecho un nudo
tan indescifrable
como toda lluvia por venir
tan untada de murallas anodinas
como toda hembra seducida
entre el marfil

acumulada aquí en mi pecho
hora tras hora
te siento retozar con mis recuerdos
dar un tiempo con duraznos a los viejos
una tarde de milagros y regresos
a los sordos
o a los niños mendigando entre consejos

cuando la sangre
dicen
se nos va mudando en un estero
en un sueño proscrito entre corsarios
en un frío apenas olvidado
por mis huesos

cuando el sol se apresta
a consumir sus maldiciones
y nos cae a mordidas sobre el cuello

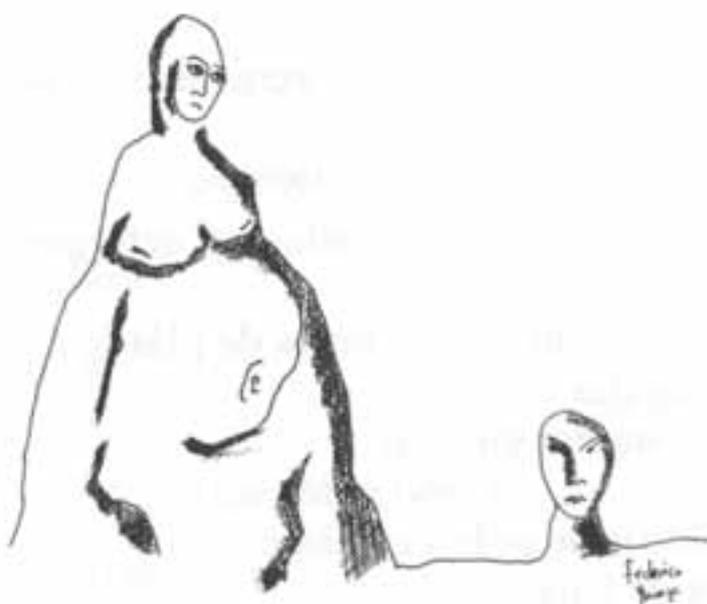
2

no no eras tú
pero igualmente huías

nunca había visto tantas sombras juntas
empuñadas
empujadas hasta el borde de la luz
por las heladas
finas
lóbregas miradas
de los otros

3

eres como ese sueño
que siempre se le rompe a los nardos





CIRCUNSTANCIA INEVITABLE

por César Espino Barros

*Porque el tiempo se venga
de quienes rompen el orden
natural deteniéndolo.*

J. E. Pacheco

el mundo lleno de gozo desborda veredas
botellas y latas que ruedan
 en este piso se esfuma el tiempo
y en las gotas condensadas de piélagos y detergente
 solamente quedan
en el minuto reducido de una bolsa de plástico
 (fin as agujas
 unidas entre sí
 como peldaños)
lanza sus muñecos de polvo calcáreo
agita sus pelos de paja
arrastra el pesado engranaje
 del sistema humano
y los multicolores harapos

quizás el siglo raspa este relieve
 el metro artificial y exacto
desgasta las capas debilita
la tensión de los resortes aleja
en la solana las disminuídas cortinas del sol
 asume la sustancia en el sopor que emana
 y apresura al inventor que infausto cuenta
 los pasos de las ruedas su secuencia
pero en el lecho ni una huella
 y predice el guiño del eclipse
sólo estos cambios de luz sobre la escena
tal vez trasciendas este techo pero
no podrás someter la nada a tu intelecto
 difícil en verdad sin que aparezcan
 tema o idea en la ribera
sin que un intento se sumerja en las meninges
 energía es un bullicio de granizo
sin que la lengua adormecida en un reflejo
 una niebla en el sinuoso mundo verde
esculpa con su talle la frecuencia
inferida no siempre contenta
 no hay otra marca en este glóbulo
sin que emerjan de tu ponto empavesados
 por el que la nave estreche la membrana
de cetro y de corona anfibios monstruos ciegos
 es impresionante en verdad
puedes recibirlos en silencio
 la nada incógnita y anónima no asiste
 no hay vacío ni en el empalme de los gases
pero en la jerga del intento ornará
 obscuro infinito el todo nos resiste
la acostumbrada ofrenda
 fraudulenta vidriera del géiser circular
danza en la somera fiesta

restirados por la inercia
 cuando la lengua se disloca
desprendidos de la cereza
 ¡vacuos tenaces sonreíd!
¿cuál es el accidente verdadero?
 el infinito
 concierta
 en un instante
es música que vibra inevitable
 que se añade
 a la quietud de las esencias

ocurre a cada hora en cada objeto
es el misterio
inmóvil
y la inseparable certeza
en la célula que el tejido ignora
es la pregunta
que en lapso vital
no encuentra un vaso
que avanza en el raíl del universo
se cierra
al mundo
y se abandona
alas que tras el sol no llevan prisa
en un flujo
sutil
que la succiona
esfera que la atmósfera regala
sin deseos
sin voluntad
dichosa

el equilibrio besa las sustancias
descansan en la oscuridad
infinitas posibilidades que encontrarán
un hueco para moverse en lo tangible
que acumularán recuerdos temores y chillidos
dentro de la burbuja
árboles inquietos a merced del relámpago
la materia pantalla global en unidad con el vientre
en relación con el cerebro
oscila en un fugaz espasmo





VIAJE ONIRICO

por Alejandro Ambrosi

I

De
tu
cuerpo
brotan
ante
mí
dándole
un
toque
sensual
y
mortífero
a
esta
vigilia
desesperante.

II

Danzan
al
ritmo
del

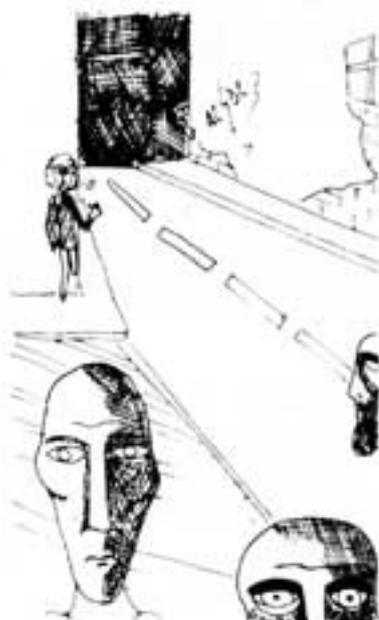
auto
bus
y
mi
ser
espera
verlos
saltar
en
cualquier
rebote.

III

El
auto
bus
persigue
a
los
pasajeros
y
yo
espero
otra
blusa
más
de
esas
ceñidas
a
mis
sueños.



POEMAS
por Raúl Iván



RECUERDOS

Miro tu rostro en sombras sobre mi mesa
estás despeinada y dulce —estás lejos—
estás en un abril que te aprisiona
en medio de un domingo en Veracruz

Estás como te quise siempre: alegre, viva
como una orquídea de luz amurallada
con un ramo de agua aromándote los brazos
diluída en la sangre, y no de otra manera

Reúno tu risa, tus gestos, ademanes y palabras
y vuelvo a los días más puros de la tierra
(en tus miradas comenzaba un cielo
de irrefutables torres y noches incumplidas)

Jamás te sacaré de aquella tarde junto al mar
para llevarte muy clara en mis pupilas
lo escribo con la mano que un domingo
iba corriendo contigo en las arenas. . .

•

P O E M A

Cerca de tí. . .
sin prisa caen las horas
y un penetrante olvido se levanta
por aquel que tan aire,
que tan río,
llamó a tu cuerpo una mañana
y quedó atrapado en la esperanza.
(Maldito olvido que llenó tus labios)

Recién abierta la mañana
(como una clara condición del sueño)
puso en mis manos el primer poema
que daría a los hombres.

POEMA PARA SU CUERPO

"Me despeñé desde su cuello"
J. B.

Abrí su cuerpo de mujer como un regalo
bajo el ojo oscilante de una vela
sus muslos borraron la ciudad
como una vieja postal descontinuada
(temblor de labios con una sed de abismo
más allá de la distancia de sus senos)
me despeñé de su cuello hasta su vientre
mientras mis dedos jugaban a la ronda
en el oscuro musgo somnoliento.

Amanecí junto a su piel dormida
recordando aquel "último tango"
en sus pantimedias vacías
dejé la huella clara de mi llanto
mientras la cama flotaba
iluminada por la dicha.

SOLEDAD

*“Este es tu patrimonio
de hombre solo. . .”*

Regreso por las noches a mi casa
y abro sin prisa la puerta ensimismada
enciendo la lámpara del cuarto,
y me emocionan: la silla gris
la almohada fría, la cama desierta
el viejo sillón color de hierba
mis libros abiertos generosamente
mis notas caídas en la mesa
silencio de cartas perdidas en el rumbo
de no sé qué recuerdos gastados para siempre.

Escucho los pasos que no parecen míos
me miro vacilante en el rostro de un espejo
y alguien que no conozco, me recuerda:
“Este es tu patrimonio de hombre solo”.





Quetzal

POEMA

por Ma. Angeles Juárez Téllez

VII

Date la vuelta
en la esquina siguiente:
esta noche, tu amor
pagó su precio
en monedas de whisky,
en monedas de besos,
y una cama de hotel
que olvidarás
llegando a casa.

XVII

Todos los domingos
regresan los caminos desarmables:
no hay adonde ir
que no encuentres a alguien
bostezando sábados hoteleros.
Todos los domingos
zig-zaguean tranvías ojerosos,

paseando la rutina
con la cara recién lavada,
asomando en los bolsillos trasnochados
las manos de los lunes.

IV

Hoy te esperaré
como te gustaría encontrarme;
tendida en la nostalgia
de la tarde,
con mis senos
regalados a tus labios,
mi cuerpo diminuto
y mis poemas.

Unidos sin rancios documentos
mediremos el abandono
en nuestros cuerpos,
en camas que no existan
y gastando placeres
que no hablen.

Tu miedo a los contratos
podrás dejar guardado,
tus juicios detenidos en la puerta,
y en la calle, tus pasos esperando.

Yo, volveré a mi sillón de lunes,
a mis tardes, mis rincones,
mis letras y mi tinta.

XIX

Pienso en ti Manuel,
en tus ojos
que huyen de mi mente,
como si fueran
un puñado de aves grises
asomando entre sus alas
el olvido.

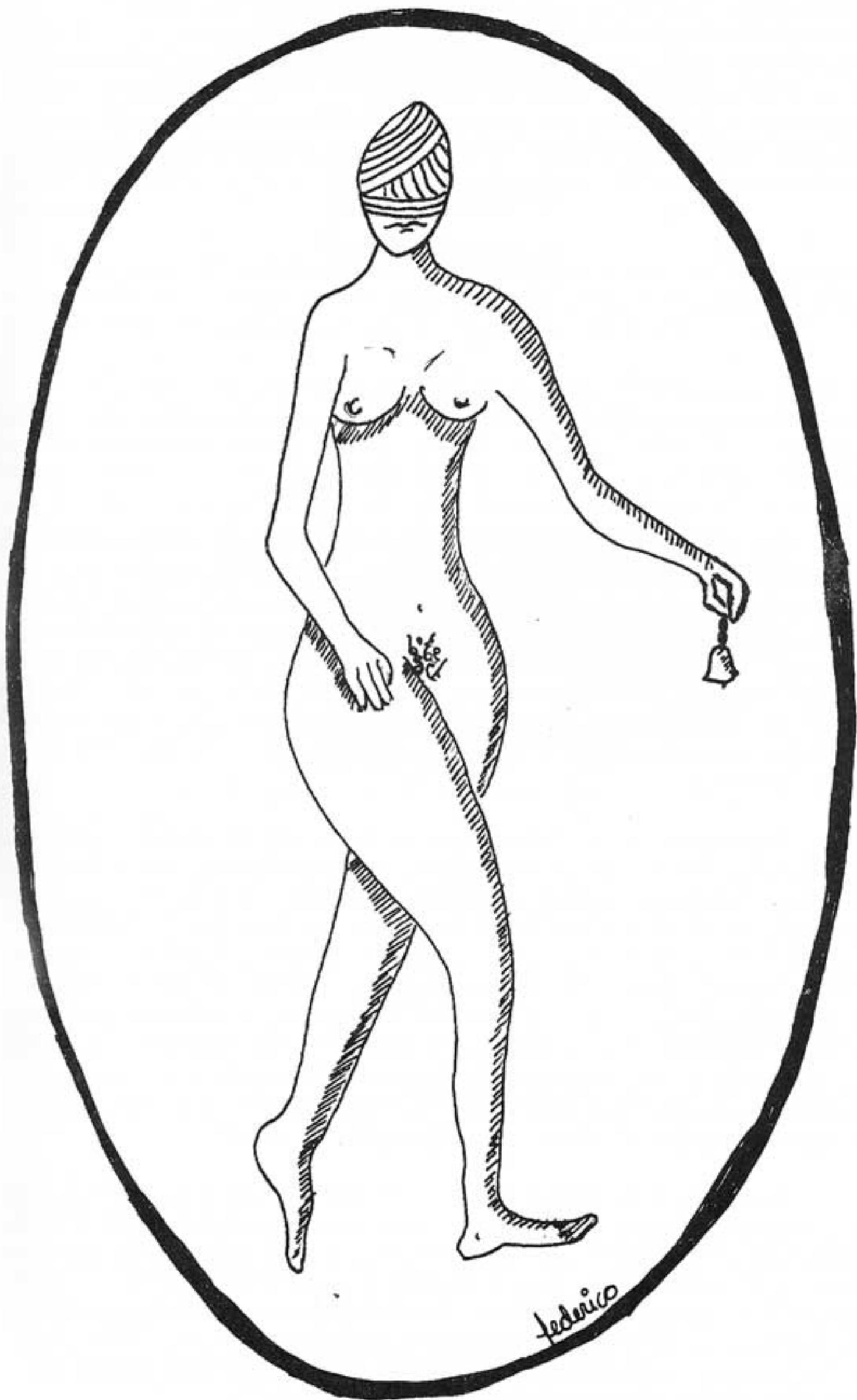


ANAYTE

por Jorge Quintanar

Oculto en sí misma acecha la maleza
en mar de espinas latiendo.
Escondidos en la tierra antigua
multitud de seres homogéneos,
fundidos con el humus
renacen en la oscuridad,
gritos de feromonas incitando
huestes voraces,
aladas corazas brillantes
revuelven los rincones
con frenética viscosidad,
acercándose con estiletes
me asfixian durante un siglo.
Una flama ilumina y fantasma,
la cama de troncos
trazando vetas rojizas
en la palapa de dos paredes.
Al caer cascadas de sonoras plumas
me detuve a mirar otra vez el sol.





CUENTO

Taller de Narrativa de la
ENEP-Acatlán, coordinado por Humberto Rivas

MICTLANTECUTLI

por Facundo Caletti

Era domingo por la tarde y me encontraba sentado, observando a través de los cristales de una ventana, esperaba, al acecho de que sucediera algo, no sé qué, pero esperaba. Mientras tanto pensaba en lo inútil que es un hombre al encontrarse observando a través de los cristales de una ventana y no hacer otra cosa, sino simplemente observar y esperar que suceda algo; quizás un libro ayudase, pero no, creo que sería mejor actuar y entablar una conversación con la joven que he venido observando desde hace algún tiempo, la joven que recién vive enfrente a mi departamento: Da la impresión de ser una mujer interesante.

Inesperadamente se abre la puerta de mi departamento acompañada de una ráfaga de aire gélido, siento frío y me dispongo a cerrar la puerta, pero al hacerlo veo a lo lejos el crepúsculo, justamente al poniente donde muere el día con el sol, hacia el lugar donde van los seres que han llegado a su lugar de origen. Me detengo por un instante, sin poder moverme ni articular palabra alguna y sucede lo que esperaba; se encuentra justamente en la puerta, obstruyendo la visibilidad a mi alrededor, ella sonrío mostrándome su perfecta dentadura blanca, la cual de pronto parece ser una pantalla semejante a los cines. En cuestión de segundos, veo mi vida, desde que nací, me veo sentado en una silla apoyándome en una mesa y escribiendo, es un lugar que se encuentra casi en tinieblas y yo sigo escribiendo mi vida.

Las ideas y las imágenes giran vertiginosamente a mi alrededor, sigo sin comprender qué es lo que pasa, qué me sucede, tal parece que cayera en un abismo, he perdido la noción del tiempo y del espacio, todo es amorfo, efímero, siento la sensación de ir en perpetua cuesta abajo, es algo realmente inexplicable; alcanzo a identificar un sonido lejano y trato de concentrarme en él, poco a poco se va haciendo más familiar; es una frase: "¿Qué le sucede?", no logro comprender el significado de esa frase y me concentro aún más, pienso en lo que querrá decir: "¿Qué le sucede?".

Recuerdo que la joven me dijo: “Me he espantado al verle inmóvil y sudoroso, por eso me atreví a venir hasta aquí y ver si necesitaba ayuda. Bueno, ahora me retiro, si necesita ayuda no dude en llamarme, mi nombre es “Mictlantecutli”.

Permanecí sentado durante un rato más, tratando de explicarme qué había sido esa sensación tan extraña. Me levanté de la silla, fui directamente al librero y busqué el significado del nombre de la joven. Por fin lo encontré y descubrí que era una deidad que representaba a la muerte entre el mundo náhuatl. Quedé asombrado. Inmediatamente salí y fui al departamento de enfrente, necesitaba una explicación más detallada de ese nombre. Estuve llamando varias veces a la puerta, nadie contestaba ni se venían señales de que estuviese.

Al cabo de un rato, apareció la señora encargada de la limpieza de los departamentos y mirándome extrañada me interrogó: “¿Buscaba a alguien señor?”. Le contesté que buscaba a la inquilina recién llegada allí.

Ella me miró con cierta desconfianza, y dijo: “Creo que por hoy basta de copas para usted”, pues allí solamente ha vivido un viejo matrimonio y se fueron hace justamente un año, porque su única hija murió. Parece que se llamaba Mictlan. . ., Mictlán quién sabe qué. Se alejó diciéndome: “Es mejor que se vaya a su departamento, lo noto un poco mal”. Seguí su consejo y regresé repitiendo mentalmente un poema desconocido para mí:

“¿A dónde iré?

“¿A dónde iré? El camino del dios dual. . .

*“¿Por ventura está tu casa en el lugar de los
descarnados?”*

¿Acaso es el interior del cielo?

*¿O solamente aquí en la tierra
es el lugar de los descarnados?”*



ARLEQUIN EMBALSAMADO

por Cristina Rivera

Lo ha presentido, sentido y también lo ha postsentido, no ha sido el halo mágico que muchos llaman intuición (femenina, por supuesto) es más sencillo, es simplemente el búmerang de los días, la similitud de los círculos cada hora, los minutos iguales y en conjunto la sobrepoblación, la densidad de los últimos recursos. Lo sabe, lo sabía, torres donde el mundo no existe, pensamientos e ideas, su presencia-ausencia sentada, rebelada, sentada, gritada, sentada. Los muebles, las cosas, los algo ridículamente verdaderos; las mesas, las paredes rotundas y apáticas, estáticas y confundidas entre su presencia y la otra, el lugar en el que está: su sitio y el otro, la ausencia y el panfleto de la que está en ella o ella en la ausencia, estas cosas que son lo mismo, pero por favor, nunca intercaladas. Gracias. Sus sentidos humanos no mienten la incongruencia que reciben, las imágenes que se vuelven vómito con una dosis espantosa de realismo que no es, los vómitos que se vuelven imágenes ya no con dosis, ya sin porciones huidizas, ya algo más que un reflejo solitario.

También sabe que no lo notarán, ninguno se encuentra tan cerca, tan patente; nadie puede herir más el tubo de ensayo en que se refunde el aire individual, este extracto de atmósfera maloliente empecinada en transformarse comunidad universal de los no propietarios; de hecho lo es, se comparte. Quizá es lo único que alcance para los dedos de dos manos diferentes, dos ojos de caras opuestas, dos brazos y dos piernas de hombre no conocidos. Pero aún así, a pesar de alcanzar, en realidad no alcanza para el perro y para ella juntos, para dos hileras de pasos cercanos sobre las banquetas, para 300 o más moscas en un enjambre, para presencias negadas cuando se empieza, tímidamente, a hablar sobre pares, cuartetos, multitudes. Entonces ya no es suficiente. Y dándole vueltas al ciclo de cosas inanimadas que comparte no es más que una de ellas transmutada en algo que se quiere diferente, que se dice creación y cerebro, que se desea especial. Pero al fin y al cabo una de ellas y cada una de éstas, una más en ella. Estas cosas que comparte, que él también compartía cuando empezó —dentro del ciclo— a mirarlo nuevamente. Lo vió, te vió, era otro fuera de ella y por lo tanto igual y reconocible,

por lo tanto lejano, por lo tanto parecido. No fue fabuloso ni extraordinario, sino más bien esa tendencia a agotar los postulados, de jugar los juegos obvios, las primeras palabras que salen y los primeros sonidos que regresan.

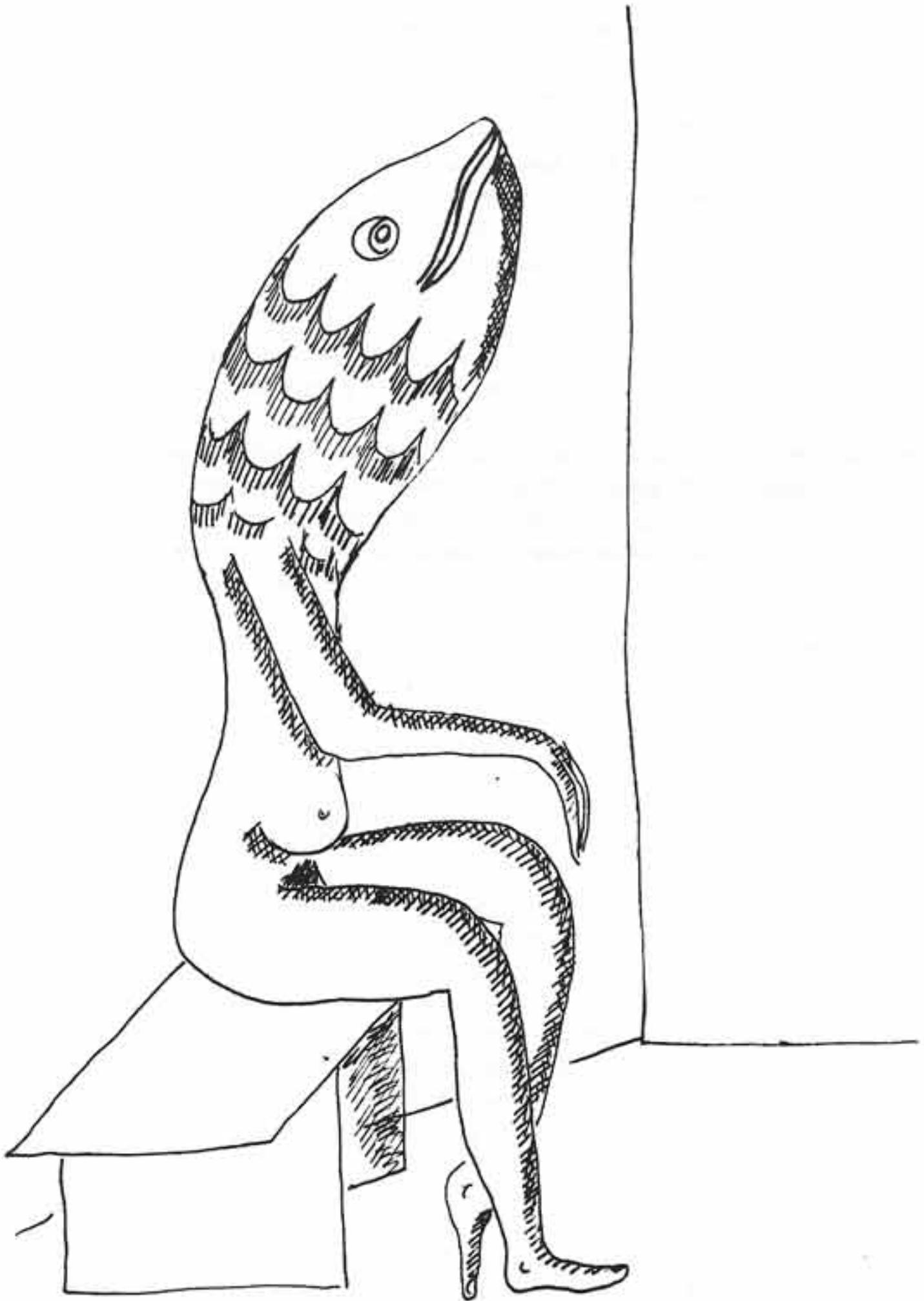
Oquéi compañero, ¿para decir qué? ¿tienes algo que decir, algo que has creado, algo? Sí, sí necesitamos libertad de expresión y decir alto a la represión, y hablar de Marx-Gramsci, Hegel-Marx, Marx solito y aventar palabras como desilusionados, desesperanzados, amargados, mientras el mundo transcurre afuera, mientras tratas de ordenar el universo a fuerza de ilusiones, de esperanzas, de dulzuras. Aquí, oyéndote desde hace unos minutos, bien podrían ser siglos, le pareces sin decirlo caleidoscopio inmutable que regresa siempre que presiente un peligro, al puerto-paraíso de la ensoñación: La revolución, la revolución compañera. Síguele avientale tu rollo, tu monólogo; pero gástalas, tállalas con los gritos, con los aulliditos de tu compromiso con el café, con los cigarros, con los cuates: con tu gran compromiso social. Pero ya, hazlo ahora para que caigas fuera del juego de las sílabas, de las pelotas rebotantes de palabras. Te escucha, cuéntale, lánzale tu sabiduría, no te olvides de inventarla como mosca inoportuna así será más eficaz tu intento de convencerla, ayúdale a deshacer el tejido de tensiones acumuladas, las ideas y más ideas que son demasiadas para llevarlas a cuesta, pondrá todo de su parte, habla. . . Las cosas se contagian del neurotismo, de la impotencia, de las risas apresuradamente contenidas; sin gestos de cordura, sin aires de mártir-conciencia mundial te retuerces sin la respuesta. Lo sabe, lo sabía. . .

Puede ahora mismo decir: Buenas noches, gusto en conocerte, ¿ya viste el arlequín embalsamado? Nadie notará la diferencia, ni siquiera tú, puedo pasarme por ahí engañándote haciéndote creer que amanece, conviértete que el Café ya va a cerrar y que la luz de las lámparas no son más que algunos fragmentos solares esperando reventar, puedo decirte que hemos estado monologando hasta la madrugada y hasta puedo convencerme de que es cierto. Puedes en esos momentos preguntarme si fumo, qué hago, qué no hago, puedes concederme algunos minutos para que al fin te des cuenta que has estado conmigo. Pero no, no te vas a percatar, me vas a inventar. También lo sabías o lo presentías sentías postsentías.

Déjame intentarlo de otras formas, estás conmigo y la ciudad de noche caminada despacio levanta la nostalgia de sal, de desenlace o enlaces felices, de las yuxtaposiciones de tu esperanza anónima y el silencio que empapa de silencio la humedad de no esperar nada, el estanque, la presa empecinada en no llenar, no fluir, en convertirnos enteramente en él y yo, tu y ella. Y entonces se dejan venir los trillados tu-mis manos, mi-tus piernas, cabellonarizmaniquí tuyos, porque así los llamas, porque así lo revientas, porque así es otra forma para hacerme creer que te domino lentamente, buena táctica de convencimiento. Mi mujer-hombre, mi-tu amor. . . ¿Cuál? ¿digo, no? ¿dónde? ¿a qué horas? ¿cómo? para enterarme, para que nos enteremos, ¿no? Parece que no hay demasiadas formas o éstas no son suficientes, las ideas, los tubos de ensayo, la lentitud de pensamiento que nunca transforma que se vuelve cíclico creciente, ola que regresa. Buenas noches, gusto en conocerte; nos alejamos, no nos convencimos monólogos interactuantes, nos dejamos así mejor ¿verdad? Oquéi, bai, por ai nos estamos viendo. Andale.

No ha sido la intuición, como comprenderán no ha sido tan enfermizamente misterioso ni etéreo, simplemente pasarse todo el día donde a falta

de saber tejer con estambre han sido alguna que otra idea, una que otra palabra. Y después intentar por todos los medios como Penélope moderna, sigilosamente, cobarde de sí, escondida y de puntillas, llegar al lugar donde se dejó empezado y deshacerlo, para que a la siguiente mañana la tarea vuelva a tener sentido, para que la presencia-ausencia no sea capaz de ser gritada, rebelada, para que la espera resulte animada. Aquí está día tras día, cuando quieran encontrarla ya saben por acá por estos rumbos. . . Y ahora discúpenla va a empezar a deshacer todo este borlote que ha inventado hoy. ¿De verdad?



UNA NAVIDAD DISTINTA

Alejandro Toledo

Y en realidad fue eso, una navidad distinta, diferente a cuantas habías tenido. Las caras querían ser alegres pero no podían. Esperaban la primera broma, la primera tontería dicha para poder descargar la risa que pedía salir a gritos. Los comentarios sobre el bacalao, los romeritos y el ponche se daban alrededor de la mesa ante los familiares que se miraban unos a otros esperando los primeros chistes que nunca aparecieron. Solo hubo conatos de chiste y de fiesta, pequeños e irrisorios que provocaron una hilaridad irreal y tan onírica como este cuento.

Tú te estabas aburriendo. Ya casi eran las doce cuando sonó el teléfono, te hablaron para felicitarte, para desearte una muy, pero muy feliz navidad. . . En el otro lado de la línea cantaban “a la ruru niño/a la ruru ya. . .” en tu casa se seguían mirando, se seguían atragantando y riendo tan falsamente. Las voces del teléfono cantaban amorosas y ciegas, con amor verdadero, pensaste tú.

Tú te estabas aburriendo y recordaste de pronto que Palinuro, en su viaje por la isla de los nuevos usos, descubrió que “los cuchillos de cocina Ecko pueden ser usados por gangs juveniles y las pandillas de muchachos de Detroit, Glasgow y Mexico City. . .” Lo que tenías en tus manos era un cuchillo y ¡oh casualidad! era Ecko.

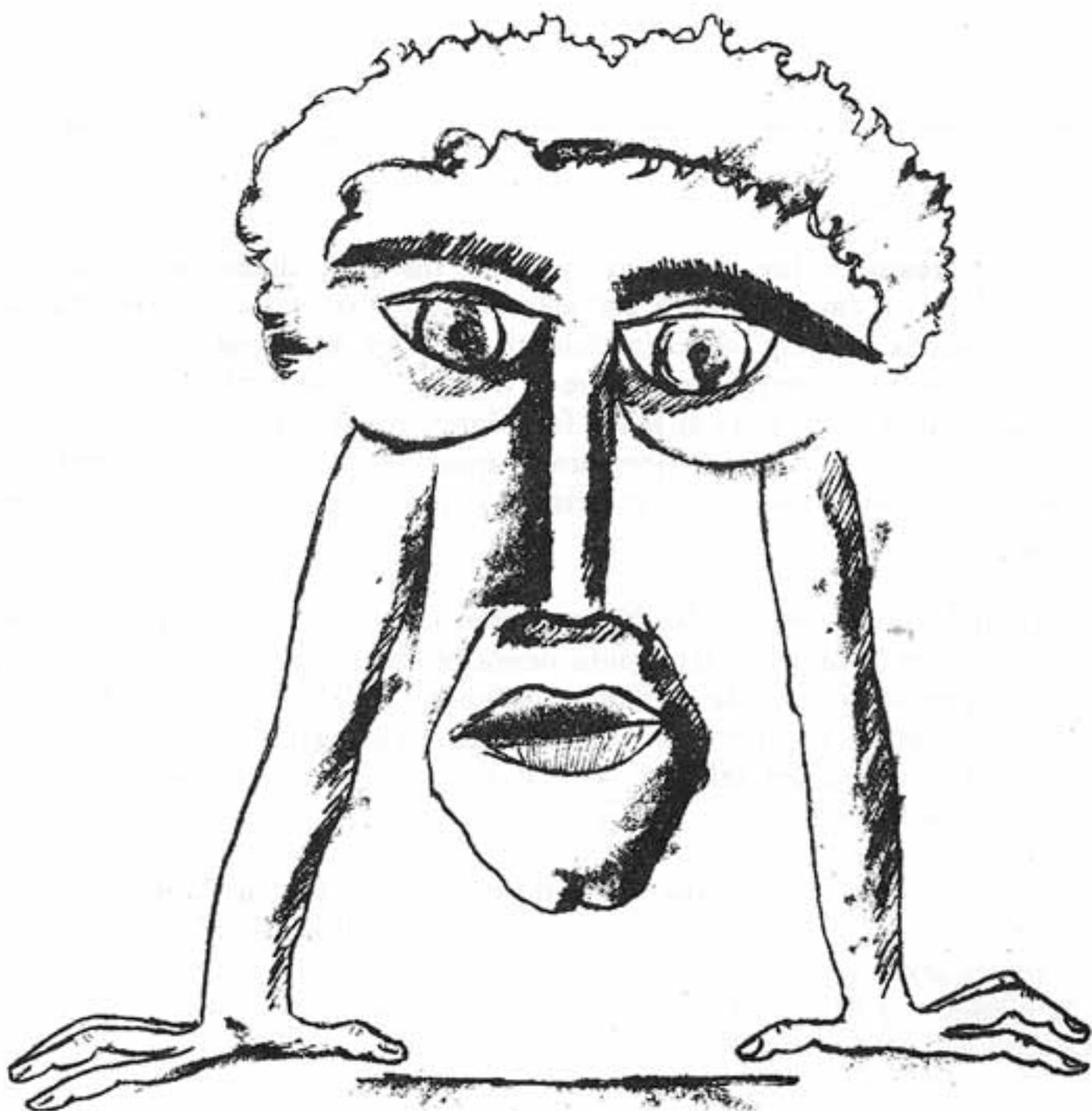
Te pidieron que tocaras el órgano pero dijiste que no. Por la insistencia te paraste rápido para sentarte en el banquito y, ya alegre, tocaste, ante tu agrado y el desagrado de los demás, la marcha fúnebre y las golondrinas. Dentro de unos minutos serían las doce.

Repentinamente te paraste y corriendo fuiste a la mesa en el momento en que los parientes se empezaban a inquietar y querían dar los abrazos y los regalos. Tomaste el cuchillo Ecko y gritando, al mismo tiempo que te clavabas el cuchillo en el estómago, “Feliz Navidad”. Tu madre se desmayó an-

tes de que cayeras al suelo ya sangrando. Antes de desmayarte pides una servilleta y sacando el cuchillo lo vas limpiando, después nada.

Estás acostado y agonizante en este cuarto de hospital. La muerte está cerca y sientes que el cuarto se va desvaneciendo, te emocionas al saber que vas a comprobar si hay o no otra vida más allá de ésta.

En ese cuarto que hace un rato era blanco pero que ahora a tomado un color oscuro-muerte, están tus familiares que ojerosos y crudos te miran tristes. Esperan lo que tienen que esperar y tú apresuras el acto: te mueres. Por un extraño instinto sólo alcanzas a decir: "Merry Christmas. . .".



24

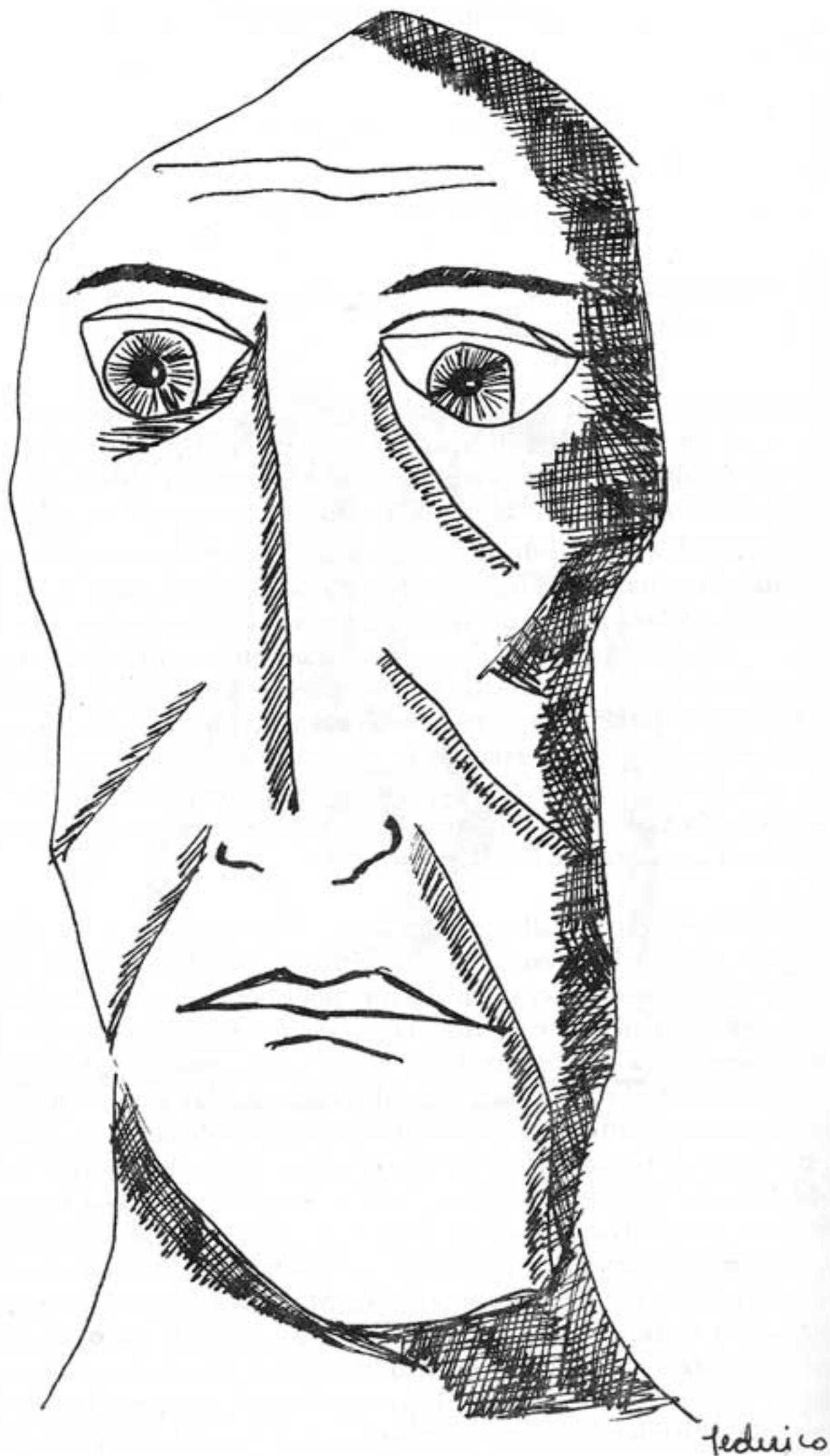
GABRIEL

por Mario C. Acevedo A.

A paso de lobo el sol caminaba el cielo, se iba. Parecía un papalote cayendo lejos, un pulpo descendiendo a su guarida. Una parvada de pájaros negros pintó la última flecha derretida en el horizonte. Cuando su cálida mano no tocó más mi rostro eche a andar, mis zapatos y mi sombra mordían charcos que saltaban por todas partes, una que otra vez zambullí mis pies en ellos con alegría y hasta me hubiera quitado los zapatos para que el agua sucia y grasosa resbalara entre mis dedos, seductora como una prostituta; pero tropezaba a cada rato con latas de cerveza, condones usados o envases plásticos, el mundo de los hombres erigido. Apresuré el paso, pues no quería escuchar el chillido de la neblina al bajar a la ciudad. Llegué a mi casa pateando una rata muerta, destripada, cuando su olor se me hizo insoportable dejé de jugar con ella. El fétido e insoportable olor de aquella usurpadora rata ¿No era acaso más hermoso que el despedido por la moderna y portentosa procesadora de basura, gigantesco Gulliver muerto?

Entré en mi cuarto silenciosamente, como un lagarto en el pantano, de inmediato sentí un aire entibiado con aroma a vino mezclado con naftalina. Busqué presuroso el mecanismo para encender la luz, las bombillas eléctricas. ¡Ah cómo me produce náuseas la viscosidad de su luz! pero la prefiero a las penumbras, a las noches sin luna. La estancia se iluminó; un escritorio, sobre de él algunos libros fornicando, librerías a los lados, un ángel sin brazos y sin piernas sostiene el foco amarillento, sucio. Me siento a fumar un cigarrillo, me trago el tiempo y envejezco. Hacía tiempo que Gabriel maullaba, me recordaba a la vieja de la esquina cuando trataba de entonar una canción. Para esta hora ya estaría borracho, el tinto lo enloquece. Miré con avidez los libros y hurgué por detrás de ellos con mi mano, sacando toda la distancia posible de mis uñas, pero no lo encontraba. Mi olfato no me había engañado, allí ya no había nada, se lo había tomado todo, yo nada más quería un sorbito para sentirme como hace tres o o dos años: con ánimos de corretear hembras por las azoteas; no como él que no deja ni una gota. Pobrecito, mírenlo, se quedó durmiendo en su escritorio, sentado, con un cigarro en la ma-

no y con los ojos abiertos como queriendo leer aún dormido. La cosa amarilla seguía despidiendo luz, incansable. Su baba corría a lo largo de la mesa bordeaba los libros y caía al suelo formando pequeños charcos. Yo jugaba a saltarlos como en mis buenos tiempos al tratar de atrapar una rata entre basura y llantas inservibles.



“LA IMAGINACION AL PODER”

por Normando López García

Les aseguro compañeros que en cuanto tomemos el poder en nuestras manos todo cambiará —decía el improvisado orador observando con mirada seria y profunda al multiforme auditorio—, cuando nos organicemos y defendamos nuestros derechos la victoria se irá vislumbrando paso a paso, y un nuevo porvenir sin desigualdades ni injusticias sociales formaremos juntos.

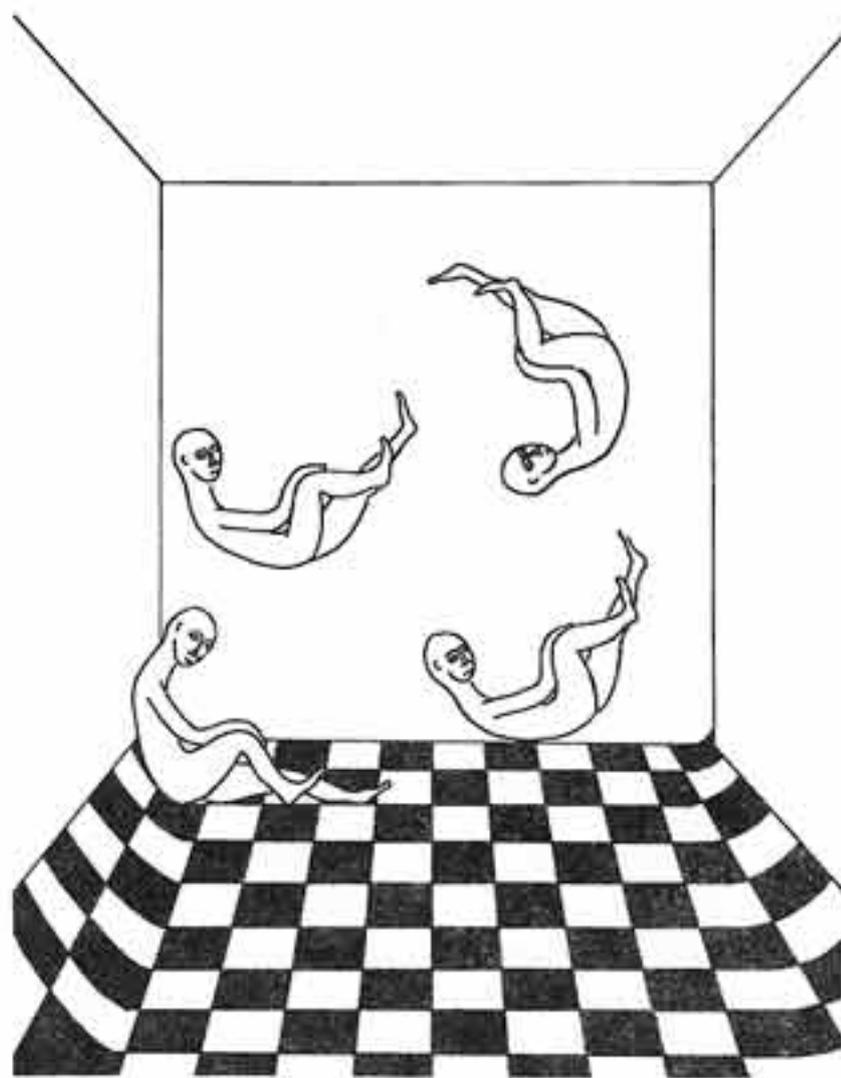
Guardó silencio por un momento, los oyentes parecían prestar atención y reflexionar profundamente sus palabras—. Sí compañeros, la unión hace la fuerza, necesitamos unirnos, organizarnos, para que todos y cada uno de nosotros lleve arraigada la convicción moral de la libertad, de la dignidad y felicidad humana. Seremos los precursores de una cruzada libertaria, los motores de un amplio proyecto que contemple a campesinos, obreros, estudiantes, amas de casa, intelectuales y a todos los explotados, seremos los pilares organizativos del pueblo. . . “La unión hace la fuerza”, y ustedes saben que un pueblo unido jamás será vencido, ni el ejército más poderoso puede detener a un pueblo que lucha por alcanzar su libertad y dignidad, esto lo saben compañeros, a ello debemos contribuir.

Habían sido cautivados por el orador, ahora todos guardaban un silencio expectante—. Este prosiguió imponiéndole gran emoción a sus palabras: Nuestros gobernantes, nuestros funcionarios, desde el mayor hasta el policía nos humillan y pisotean. El patrón, el terrateniente, el comerciante, el inspector, todos son la misma mierda, la misma chingadera, si tratas de defenderte y exiges tus derechos te corren, te golpean y humillan. El Estado, los patrones, los precios, todo. Todo está en nuestra contra, todo está contra el pobre. Y, si hay organizaciones populares, mandan al ejército, un ejército de perros que no vacila en matar y derramar sangre de mujeres y ancianos, unos hijos de puta que no saben ni para quien trabajan. Pero todos esos perros se acordarán de nosotros, en nosotros consiste, en cuanto el pueblo quiera y se organice, acabaremos con ellos, entonces llegará la hora de la venganza, la hora de la justicia. —El auditorio parecía reaccionar; aplaudían

unos, otros se habían levantado y gritaban entusiasmados, algunos otros sonreían levantando las manos con la señal de la victoria, todos en sus ojos mostraban un extraño brillo.

—Tomaremos las armas y organizaremos la guerrilla urbana, las guerrillas rurales. Usaremos nuestra astucia y nuestra fuerza contra los enemigos de la vida. ¡No queremos más patrones! —gritaba alzando las manos, y el auditorio posesionado coreaba las consignas, como en un fugaz despertar de conciencia—. ¡No queremos más verdugos! ¡No queremos más carceleros! ¡No más injusticia, queremos libertad! ¡Libertad!

De pronto, cuando más emocionados se encontraban, cuando más fuerte gritaban, el orador, dio media vuelta y se alejó caminando muy despacio, como reflexionando preocupado, el auditorio, después de observarlo unos segundos, se dispersó y continuó con sus inactividades. Era la hora del refrigerio. Una vez más, Lenin II, el enfermo paranoico de la sala de los pacíficos, había organizado la revolución proletaria.



Taller de Cuento de la Casa del Lago
Coordinado por Eduardo Mosches

CUENTOS

A VECES LOS MUERTOS BUSCAN COMPAÑÍA

por Miguel Angel Domínguez

Esta mañana hace demasiado calor. Parece como si el sol quisiera evitar lo que pretendo hacer. Pero ni aun el sol me podrá detener. Lo he decidido así.

La ropa se me adhiere pegajosa al cuerpo y esto me fastidia sobremanera. Me molesta rodearme de tantas personas y que estén tan cerca de mí. Pero las circunstancias lo establecen así. Es la gente que se aglomera alrededor del Zócalo. Hoy es el día en que se festeja el aniversario de nuestra Revolución, nada más asqueante. Es ese mismo y estúpido desfile que se conmemora año tras año, con la misma gente ingenua que se reúne entre pancartas y gritos a apoyar al régimen, perpetuando el mito nacional.

Pero yo, este día lo voy a impedir. A partir de esta fecha vendrá por fin, el día de gloria para mí y para todos aquellos espíritus libertarios. Les demostraré a toda esa bola de hambrientos campesinos y a esos cadáveres ambulantes que se les dice burócratas, que sí existe un hombre valiente, que como Lenin, Trosky o Mao, se ha atrevido a enfrentarse con el Estado. Lo que haré será muy sencillo: cuando el presidente salga de Palacio Nacional y pase frente a mí, entonces vaciaré toda la carga de mi pistola. Es casi seguro que una bala atraviese el corazón de ese tirano. Así, vendrá el pánico y toda la gente correrá como asustadizos ratones. Pero permaneceré de pie, impávido, observando el espectáculo. Luego vendrán los soldados y me atraparán, pero no opondré resistencia, pues lo que vendrá después ya no me importará. Sólo tendré la certeza de que mi acto contribuyó a la liberación del proletariado. Aunque temo que no lo entenderán. Quizá toda esa chusma de borregos no comprenderá mi sacrificio. Posiblemente nunca sabrán de que bestia los liberé. Pero de algo sí estoy completamente seguro: dentro de algunas horas, cuando salga mi nombre en todos los periódicos, mis compañeros de la universidad habrán entendido mi pensamiento. Todos ellos reconocerán mi justa valía como hombre. Ya no me verán con desprecio las mujeres del grupo. Yo nunca he tenido amigos, pero desde ahora, me ofrecerán todos el

respeto que nunca me prodigaron. Mis maestros se arrepentirán de haberme reprobado alguna vez en sus mugrosas materias.

Hoy en la tarde, cuando mi jefe vea su reloj y descubra que aún no he llegado y que llevo más de una hora de retraso en el trabajo, se empezará a enfurecer. Pero de repente verá distraídamente el periódico que está sobre su escritorio. Leerá algo nervioso, el encabezado y comprenderá todo. Sabrá que este día no iré a trabajar. Ni mañana. Ni pasado mañana. Entonces dará la noticia a todos los demás trabajadores responsables, moluscos que sí fueron a trabajar este día a la notaría. Y todos sabrán de lo que fue capaz de hacer el joven encargado del archivo. Mi jefe, si me vuelve a ver la cara, me verá con otros ojos. Ya nunca más me volverá a escupir con sus gritos y ordenanzas, ni me humillará por parecerle obsoleto y ridículo el tipo de saco y corbata que suelo llevar a diario al trabajo. Aquel cerdo que tengo por jefe nunca comprendió que las columnas frías y grises de los archiveros, únicas acompañantes mías, no les importa el tipo de traje que lleve. Malditas. También de ellas me vengaré algún día, si puedo.

Lo que voy a realizar, lo siento un poco por mamá, porque sé que me estima un poco y me extrañará. Estoy casi seguro que ya me perdonó el haber pateado y destruído el televisor, cuando ella estaba viendo las novelas. Y aunque me diga de vez en cuando que me odia, siento que lo dice sólo por molestarme.

Pero no debo pensar más. El momento se acerca. Observo que todo comienza a moverse a mi alrededor. Todos gritan muy fuerte. Mi vista se transforma en un mar de colores y algarabía. Siento que me empujan por todas las partes de mi cuerpo. Sí, es él que ya se acerca. Lo veo a lo lejos. Ya sale del Palacio Nacional con su comitiva. Meto la mano en el bolsillo de mi saco y la acaricio. La pistola está fría. Muy fría. Se congela al contacto de mi sudor que es aún más helado. La gente comienza a ponerse histérica, llena de júbilo. Un júbilo que sé que sólo es aparente. Esperen necios. Es cuestión de unos minutos y toda esta comedia terminará para ustedes. Todo este alboroto absurdo y deprimente comienza a impacientarme. De pronto un brazo moreno y delgado se abre paso frente a mí. Una voz débil y seca me pide de favor la deje pasar. Molesto me hago a un lado. Es una pobre mujer escuálida y harapienta, que en su rebozo carga a un niño igual de apestoso que su madre. Necia. Mil veces neia. Seguramente tú también quieres ver más de cerca al tan querido presidente. Pues lo verás. Vaya si sé que lo verás. Pues hasta a ti, infeliz india, salpicará la sangre de tu presidente, mojando tu sucio rebozo y la cara también sucia de tu hijo. Sabrás que la redención de la clase marginada no es tan sólo un mito.

Vuelvo a sentir los empujones ahora con más fuerza. A la figura del presidente la descubro cerca de mí. Eso, muy bien. Acércate más querido cerdo. Permíteme añadir a tu hermoso traje negro algunos agujeros de bala que harán juego con los que tendrás en la cabeza.

La gente continúa molestándome con sus empujones. Parecen pollos, que hambrientos, buscan devorar el único gusano a la vista. Supongo que por eso, aquel soldado alto, de enorme musculatura a pesar de su guango uniforme caqui, se nos acerca empujando y gritándonos: ¡Atrás! ¡Atrás! Se ve que es un soldado muy fuerte, puesto que ha sabido controlar la posible desbandada. Es a él a quien tengo que esquivar en una maniobra rápida y ágil, cuan-

do pase el presidente frente a mí. Es casi seguro que este soldado será el que me atrape cuando haya acabado mi misión. Con una expresión de miedo en sus ojos, titubeará un segundo, pero luego me sujetará con fuerza y me detendrá. Llegarán después muchos más soldados que me llevarán a un cuarto oscuro, muy oscuro, donde me torturarán y me golpearán quizá por muchas horas. ¡Carajo! ¿Por qué no dejaré de sudar? Me repugna sudar tan copiosamente. Me hace sentir demasiado humano y débil igual que los demás. Debo ser fuerte. No me debe importar las bofetadas que me darán y que me retorcerán los brazos. ¿Pero y si me tiran los lentes y los rompen? Eso no podría soportarlo. Debo ser fuerte. Fuerte. Ahí viene. Puedo oler su putrefacta figura de poderío. ¡Maldito sudor que no quiere parar de fluir! Ya está justo enfrente de mí. No hay error. Sigo apretando la pistola. Debo ser fuerte. . . ¡Corro! ¡Basta! Y suenan los disparos. Fueron solo tres. La gente se fracciona en mil pedazos. Los niños, los hombres se desparraman en todas direcciones presas del horror. Veo a mis pies al presidente, tumbado en el suelo con dos balazos en su pecho sangrante y quemado por la pólvora. El rostro contorsionado y babeante con la mirada perdida en el infinito.

Pero nadie corre a detenerme. Nadie me ve con pánico, porque nunca apreté el gatillo. No pude hacerlo. Veo que tres soldados sujetan con violencia a esa india infeliz que estaba hace unos momentos a mi lado. Ahora se la llevan. Se alejan con rapidez. Muy orgullosa parece decirles que no molesten a su hijo. Se alejan. Irán a ese cuarto oscuro e infernal. Yo corro tras ella. Deseo verle sus ojos. Pero alguien me detiene. Yo sólo quiero mirarla. Quiero que me mire. Que sepa que existo. Pero descubro que siempre estuvo muy lejos de mí. Será mejor que vaya al trabajo. Se me hace tarde.

TIEMPO LIBRE

Una enorme y kilométrica nube de monóxido de carbono es defecada por un austero camión. Al desvanecerse, poco a poco se puede ver parada en la esquina a Teodora, que ve azorada cómo se aleja el que pudo llevarla de una vez a su casa. Es que ya se le hizo tardísimo. Bueno, calcula que es tardísimo pues ella no tiene reloj. Abusada, ahí viene otro. Sí, éste sí me deja. Luego hace la parada. De milagro se detiene. Ya van tres que pasan sin hacerle caso. ¡Suben! ¡Suben! La gigantesca bolsa blanca del ISSSTE —papel higiénico Regio, Nescafé, aceite Mazola (2 litros), 250 grs. de jamón y anexas— hace de la subida al camión una verdadera proeza de equilibrio. ¿Ya? ¡Vámonos! Teodora saca su viejo y amarillo monedero y cuenta los pesos. . . uno. . . dos. . . ¡A ver señora no deja pasar!

Agarrada del tubo, sujetando con otra mano la mitad de su quincena en víveres, Teodora le paga al chofer. Suspira. Se limpia el sudor de la frente y se acomoda sus enmarañados y untuosos cabellos negros, sucios de un día de trabajo en la clínica (en los pasillos hubo más basura que de costumbre). ¡Señora pásele para atrás! ¡Allá está vacío! Vacío: amalgama pegajosa surgida en una mezcla de gases tabaquiles, calor y diesel, que cubre un enorme masacote de cabezas, brazos y piernas. Masa compacta que quisiera ahogar el llanto frenético de un niño de calzones húmedos; gritos infantiles, que armonizan con más de un corazón acelerado que se encuentra —así nomás de pasadita— en el umbral de Eros: búsqueda cachonda de un sexo improvisado, o en su defecto unas buenas nachas ¡Mírelo! ¿Qué?, ¿Qué?... ¡Baboso! ¡Por ahí sus pasajes! ¡A ver señora que le pase para atrás! Me voy a bajar más adelante. ¡Atrás está la bajada! Teodora entonces, con su enorme bolsa blanca de plástico, trata de abrirse paso con audaces esguinces, por ese angosto corredor de espaldas sudorosas, de panzas prietifofas y una que otra mano alabastrina. Con permiso, con permiso; déjeme pasar joven. Pásele. Con permiso. ¡Pues pásele! Ella ve por una ventanilla que ya se tiene que bajar en la próxima avenida. Oiga, no le toca por favor el tim. . . ¡De pronto se le escucha el claxon del camión, chillar enloquecidamente, acompañado de un brusco enfrenón! ¡Si no llevas ganado güey! ¡No me fijo en lo que sube! ¡Chale ya se cayó la seño! Teodora yace en el suelo. Es ayudada por dos hombres a levantarse. Está pesadita seño. Ay muchas gracias señor. Pero nuevamente (y de repente), los aullidos del claxon con ese tradicional mensaje a nuestra más inmediata antecesora. Otro enfrenón. Lo vertical se torna horizontal en segundos para los ojos de Teodora. ¡Qué trai's pinche chofer! ¡Ya se cayó la señora otra vez! Se le está chorreando el aceite seño, de la bolsa. ¡No la alburees y mejor levántala pendejo!

El camión continúa su marcha. Acelera a todo lo que da su máquina. Tóquele el timbre por favor. . . Oiga, que le toque por favor. ¡Bajan! ¡Tóquele! ¡Bajaaaaaan! Y viendo Teodora que su parada ha quedado muy lejos de su horizonte, decide sacar fuerzas de flaqueza, pues con codazos ¡ay! empujones, va abriéndose paso a través de esa gigantesca gorda, a través de esa urdimbre de estudiantes. ¡Huy que prisa, luego por qué se cae! Teodora continúa valientemente: empuja una cadera por delante, ahora la otra, mete la pierna en ese hueco y luego la bolsa ¡Uff! Ya casi lo logra. Es cuestión de unos centímetros más y llegará a la puerta. Con permiso. Y al fin, la menuda mujer llega a su destino. Toca el timbre. No sirve el timbre. Luego un grito agudo que intenta ser estentóreo. ¡Bajaaaaaan! ¡A qué escándalo! El aire, en un instante, golpea el rostro de Teodora y ya en la calle, los ruidos de los coches, de la gente, le recuerdan que aún no ha acabado su trayecto. Voltea, ve las nubes, más bien el cielo gris de la noche. Dudosa ubica por qué calles la dejó el camión. Respira hondo el viento, ese aire sucio que se desprende de las obras del metro y mejor camina.

Llega a su casa. Su mamá la recibe con un beso. El hijo de Teodora como siempre a estas horas ya se durmió. La cansada mujer empieza a calentar la cena. ¿Por qué tan tarde hijita chula? El tráfico mamá. Existe en Teodora una ilusión que la motiva a apresurarse a terminar de poner la mesa. Es una emoción que no es exactamente su marido, pues ella no tiene por el momento ni pretendientes. Es más bien una ilusión muy especial. ¿Ya empezó? A

ver, déjame subirle. Creo que todavía está el Zabludosqui. "AHORA LOLITA AYALA CON MUCHAS NOTICIAS EN POCAS PALABRAS". Sí, todavía falta un ratito. "HOY EN EL SENO DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS. . ." Mejor apágala. "SE INICIARON LOS DEBATES PARA PLANTEAR LA NECESIDAD URGENTE DE UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL DE LA COMUNICACION SOCIAL PARA. . ."

Terminan de cenar. La hora se acerca. Teodora vuelve a prender la tele y termina a su vez de lavar los trastes. Luego se escucha en la salita: ¡Cooooolorina!. . . ¡Con tu canto de goooooolondrina! Y Teodora deja todo lo que está haciendo y, va corriendo por su mamá y principian a ver juntas la televisión. ¿No quieres nada mamá? No. Así estamos muy bien.

VALORES

A Enrique De la Cruz

Con tantos platos que lavar y me pides que te hable de él. Bueno, te diré que a mí me molestan los chavos groseros, toscos. Y él era así. Incluso había días en que me caía tan mal. . . Pásame la bolsa de Fab, plis. . . Es que era tan infantil. . . y era algo naco, cómo no; con sus lentes oscuros de turista tercermundista y toda la cosa.

A mí no me gustaba.

Déjame a mí la sombrilla ¿no?. . . Ya. . . Ahora sí. ¡Qué lluviecita!. . . Sobre tu pregunta, creo. . . pienso que nadie sabía con exactitud cuál había sido su pasado. Quizá ni él mismo lo conocía.

Y hoy a pesar de haber transcurrido ya varios años, lo recuerdo todavía muy bien. En realidad tengo muchos motivos para no olvidarlo. Lo recuerdo en una época en que era yo una adolescente, cuando iba a la Universidad. De hecho fue ahí donde lo conocí. Y lo veo así con nosotros, sus compañeros de clase, en el salón, de pie, sentado o simplemente dormido en un rincón, gritándonos madre y media sobre Gramsci o Lenin. Yo casi siempre estaba callada. Era muy tímida.

En fin; pero también recuerdo que otras veces nos decía que el marxismo era el opio del pueblo. Era. . . ¿cómo diríamos. . .? algo disparatado.

¡Mira ahí viene un taxi!

Sí, exacto, fue en la Universidad.

Pues no, si te digo, para nosotras en la escuela pasaba casi desapercibido. Yo casi ya no recuerdo nada de él. Aunque sí me acuerdo de algunos de sus relajos en el salón. Creo que era bien moto, eso sí.

Pon el plato ahí ¿no?

No se paró el taxi. Qué mala onda. . . ¡Ah! Sí. Continúo. En cierta ocasión a él le dió por comprar unas revistas del "Viejo Topo", de esas españolas. Lo recuerdo porque siempre tuve tentación de pedírselas, pero nunca lo hice. No sé por qué. Me daba pena o quizá me gustaba verlo de lejos.

Nunca llegué a ser su amiga. Yo solamente lo miraba atentamente cuando platicaba, bueno, nunca a mí directamente, y nos hablaba de las cosas que descubría en las revistas. La verdad era que casi siempre tenía algo que decirnos.

Una vez le toqué el hombro y sin querer le lastime un tatuaje que se estaba quitando con sal. Pero creo que le lastimé algo más que su hombro.

¡No hombre, olvídate! Con sus tatuajes en los brazos. ¡Fuchi! Así como te lo digo, se creía Popeye el güey.

Pero lo que yo sentía cuando nos hablaba (puede que sólo sean tonterías mías, pero así lo sentía), era una especie de recelo por parte de él. Percibía en sus gestos, en sus ademanes, algo que nos ocultaba, que se guardaba para sí. Algo que no quería compartir o confesar, que sé yo.

Sí, fuimos grandes cuates él y yo. Incluso se decía que yo era su única amiga. Qué loco ¿no? El a veces nos quería apantallar con sus ondas de liberación sexual. Payaso. Es que era bien mamón. Yo digo.

Nunca nos respetó, bueno a nosotras las mujeres. Yo nomás le seguía la corriente. Me acuerdo que hasta una vez le dije que yo no era virgen, nomás para que me dejara de fregar. Sí pobrecito ¡Je! se lo creyó.

Bueno, siquiera ya dejó de llover.

Te decía que no siempre era así. También lo recuerdo como un hombre callado, silencioso. Alguien que nos observaba, que nos vigilaba, desde su silla en un rincón.

Se comportaba como los gatos que se quedan callados y nos miran directamente a los ojos, que buscan una respuesta y no la encuentran.

Sí, a veces creo que así era, como un gato enjaulado, porque en ocasiones también era hurraño, agresivo, distante con nosotros.

Cuando teníamos alguna fiesta o reunión, recuerdo que un poco de alcohol o cerveza lo transmutaban en ese gato, en ese hombre enjaulado en sus propios recuerdos. Recuerdos que no lo dejaban ser libre, al menos como él posiblemente deseaba.

Ya se cortó la espuma ichin! . . . ¿Qué te decía? ¡Ah! Era bien fodongo. Es que era flojo. Si yo bien que lo conocía.

Yo le decía que estudiara bien, a fondo. Nunca lo hacía. Y salía luego con sus jaladas de anarquismo. Yo por mi parte, siempre leía y participaba muy bien en las clases. No sé para qué iba a la escuela si casi nunca estudiaba a fondo, a conciencia.

No me atrevo a decir que lo conocía, pero en lo que casi estoy segura, era que no se sentía a gusto, pues nosotros éramos una contradicción para él y sobre todo, él era una contradicción para nosotros.

Alguien me contó que había estado mucho tiempo en la cárcel. Nunca me atreví a preguntarle si era cierto eso. Tenía miedo a su respuesta. No a él, sino a su respuesta.

Por eso sabía que en cierta forma detestaba todo ese ambiente pequeño burgués e hipócrita en que se desenvolvía como estudiante. Pero también sabía, sentía que nos necesitaba, porque permaneció con nosotros hasta el final.

Sin embargo, él fue siempre una pieza que no encajaba bien, al menos que no encajaba con nosotros y eso. . . eso molestaba a varios.

Se creía mucho. Y no sé por qué. En ocasiones era bastante corrientito. Pues de repente se ponía a dar de nalgadas a todo el mundo. ¡A nosotras! Y luego se botaba de la risa. Es que era, como te dije, algo grosero. Yo no más le seguía la corriente. Ya parece que me iba a dejar que me cotorrearan.

Por eso su actitud escéptica hacia muchos de nosotros. Y le llamo escéptica porque siempre estaba como esperando algo. Algo de nosotros. Quizá algún apoyo, un poco de cariño.

Creo que nadie lo entendía. Al menos yo no lo entendía. Quizá quería burlarse de nosotros. Quién sabe. Pero esa burla yo la sentía como un mecanismo de defensa. Como que esperaba en cualquier momento una traición. Nos tenía desconfianza o simplemente desprecio. Al menos esa serie de impresiones se cristalizaban en sus gafas oscuras que casi siempre usaba. Eso lo sentí en las pocas veces que lo miré y me miró de frente.

Gafas oscuras que filtraban algo más que el sol y que ocultaban algo más que sus ojos. Que ocultaban literalmente su rostro. A lo mejor para él, así era más fácil y placentero mirar a la gente de frente.

Una vez me confesó que era bisexual. Yo, pues ya sabes, no. . . que no hay pedo, pero por dentro ya te imaginarás lo que pensaba. Pero aún a pesar de eso, él en resumidas cuentas era un macho, un pinche macho. Sí, eso era simplemente. Pues, a cómo jodía con sus preguntas indecorosas. . . Por cierto ¿qué horas son? Sí ya es tarde. ¿Mi esposo? Ya no ha de tardar. Bueno eso digo.

Algunos de sus amigos o compañeros más cercanos a él lo conocían un poco más que muchas de nosotras. Ellos le decían de cariño "Virgilio" porque según esto, él los había guiado por muchos infiernos y por eso él, "Virgilio", los había iniciado porque los conocía a la perfección. Infiernos que habían convivido con él durante mucho tiempo. Ellos nunca me quisieron hablar mucho de esto, pero a mí me hubiera gustado haberlos conocido, saber qué eran los infiernos.

Ahora pienso que seguramente le hubiera gustado saber que alguien se interesaba por su vida. Le hubiera gustado saber que posiblemente muchos del salón se interesaban por su experiencia. Yo pienso que él tenía muchas cosas que comunicar, pero que nunca lo hizo por desconfianza, o por temor. Recuerdo que solamente tenía una amiga en el salón que le contaba todo. Al menos era algo.

El tenía muchas cosas que decir. Creo que esa fue una de las cosas que más le angustiaban: No poder decirlas.

Siempre andaba pregonando sobre la libertad. Tonto. Es que estaba canijo que un tipo como él nos enseñara sobre eso. Al menos a mí no me impresionaba. En fin, pobrecito. Quién sabe qué mamadas estará haciendo ahora. ¡Chin! Ya se cortó la espuma otra vez. Pásame el Fab ¿sí manita?

Ya pasaron varios años pero su imagen aún permanece, diciéndome que las relaciones humanas son algo difíciles de entender.

Mejor vámonos a pie.





federico

TRAS UNA APARIENCIA

por Fernando Tenorio

Estás sentado frente a ella en la misma mesa de ese restaurante italiano. La plática circunda en trivialidades y por momentos callan o buscan un refugio en la necesidad. La notas un tanto nerviosa. ¡No! Tú estás nervioso, temeroso. Miras a tu alrededor, ves que todos parecen tener un sentido, hablan y ríen, convergen, como ustedes meses atrás lo hacían. Te das cuenta de que la pareja de enfrente es la misma que estaba aquí la semana pasada, ves las manos de ella que siguen unidas a las de él, piensas que tal vez nunca se han separado, que tal vez esas yemas ardientes se fundieron en el dorso deseado. Regresas la atención a tu mesa y la vuelves a mirar; sigues percibiendo ese rostro de esperanza que te renueva, que te hace vivir, y te atrapa en tu contemplación y te da una sonrisa furtiva, tal vez forzada; te engolosinas con ella, la crees contener y al instante se te escapa como huyendo a la libertad. Te muestra entonces un libro que acaba de comprar —por eso llegué tarde— te dice, y con aparente algarabía te narra sus contenidos, pero sus palabras se siguen en el aire, se estancan y hacen densa la atmósfera, no encuentras el significado de la maraña de frases, repeles el discurso, no oyes nada, sólo ves esos labios rojos, jugosos, su piel tersa, sus facciones de ensueño, su mirada de luz que encuentra la tuya agonizante, rendida, sin mayor argumentación. . . ¿Cómo mantenerla mía?, te preguntas y vuelves a recibir la breve sonrisa, pero ahora, seguro de que es forzada, te encoleriza. Combates su sutil indiferencia negando validez a sus juicios, caes finalmente en la tentación y te burlas del libro y de sus lectores.

—Es decadente— te dice ella. Tu asientes con la cabeza y lanzas un gesto victorioso. —Como tú— te afirma.

—No lo creo— le dices.

—¿Sabes en qué eres decadente?— te inquiera.

Tomas la copa de vino tinto y la acercas a tus labios, te mofas de la pregunta absurda, das unos sorbos. No imaginas nada, te ciega la niebla de confusiones. Te ahogas en tí mismo.

—¿Te digo en qué?— vuelve a inquirirte.

Secas tus labios con la servilleta de tela, pero sigues en el laberinto y tomas más vino.

—Cuando haces el amor eres decadente. . .— te dice.

Callas, mantienes el largo silencio. Piensas; piensas en esos meses atrás, en aquella noche, la encuentras otra vez; la vez desnuda, envuelta en la tenue luz de noche que la baña y la hace todavía más hermosa. La besas, la besas toda y oyes sus murmullos, sientes su respiración agitada. Te llenas de ella, te confundes en su silueta, te desarticulas en su vientre ardiente, recibes sus besos, sus abrazos, sus uñas que entierra en tu carne.

—Por favor —te dice—, por favor, dime que sientes lo que yo siento.

—Amor— le dices suavemente al oído y te dejas llevar en el éxtasis de su amor.

Vuelves a ella, siguen en ese restaurante italiano. Guardas para ti tus pensamientos —son tuyos— te dices.

—Es tarde— te indica ella.

Llamas al mesero. Te entrega la cuenta, sacas unos billetes para pagar el consumo, los dejas sobre la mesa. Ella ya está de pie, no te da tiempo de nada, no tienes posibilidades de mayor reflexión. El mesero te da las gracias, ella contesta por ti.

Hoy ha estado delante de ti una palabra, una idea, siempre un paso delante de ti. Tratas de caminar lentamente, pero ella se distancia, ya eres secundario y te presiona, se acaba, todo se consume rápidamente. Llegan a su automóvil, el chofer ya tiene el motor en marcha. Ella abre la puerta, se despide con un beso en tu mejilla. Se sienta en el auto, baja el cristal. —Me llamas— dice, y el chofer arranca a la orden de ella. La ves alejarse, miras el reloj, piensas que es demasiado temprano para cualquier cosa. Ya no piensas. Quedas sólo en la acera congestionada, como un objeto, eres paisaje urbano.



Taller de periodismo
coordinado por Máximo Simpson



CRONICA

LAS MUJERES RECLAMAN LA NOCHE

por María Eugenia García

“¿Qué queremos?
¡Calles seguras!
¿Cuándo las queremos?
¡Ahora!”

El estribillo recorrió las principales avenidas de Boston, compendio, dicen, de tradiciones, cultura y refinamiento en los Estados Unidos. Organizada por feministas, esta “Cuarta Marcha Anual para Reclamar la Noche” reunió una tarde de agosto —puños en alto y voces enronquecidas— a varios cientos de mujeres que solicitábamos seguridad en la vía pública.

Vinimos de muchos lugares: barriadas negras, zonas jamaiquinas y puertorriqueñas, centro de la ciudad, campos universitarios. Mujeres de color, blancas, jóvenes, viejas, madres con sus hijas, lisiadas en sillas de ruedas. Asiáticas, latinoamericanas, judías, irlandesas. Feministas, militantes de izquierda, lesbianas, marginadas, estudiantes, turistas.

“¡No se droguen! ¡No beban! ¡No hagan desorden!”, suplicó el altavoz antes de la salida. Nuestra sección debía atravesar el corazón bostoniano, los barrios ingleses, los pasajes europeizados y comercios elegantes, hasta desembocar en un parque famoso por su peligrosidad, donde todas nos reuniríamos en un mítin político-musical.

Nos observaban, como es costumbre en cualquier acto reivindicatorio femenino, la sorna, el temor o la burla; un taxista gritó: “Métanselo”. Los primeros vivas, aplausos y saludos soltaron la tensión. También de aquellos departamentos, también estas empleadas, también de ese automóvil pedían calles seguras.

Perdí a mis primeras compañeras de fila. Nuevas cabezas rubias, negras, pelirrojas las iban reemplazando. El vaivén de las mantas rezagadas cubría in-

termitentemente a las manifestantes: “¡Alto, a las agresiones sexuales! ¡Seguridad y respeto para las mujeres! ¡Reclamamos la noche! ¡Queremos pasear tranquilas!”

En las pantallas de televisión aparecían mejillas tatuadas con el símbolo feminista, puños airados, palmeos, gritos, chiflidos, risas, carcajadas. Muchos, muchos jeans, faldas de colores hindúes, camisetas deslavadas, rompavientos, shorts, tenis, sandalias, suecos. Cabelleras a la “afro”, tobillos adornados, muslos, hombros descubiertos. Chicas enlazadas, pies bailando: dos pasos adelante, dos para atrás, a un lado, al otro y media vuelta de nuevo: “¡Calles, caaaaaaaaaaaalles seguras! ¡Caaaaaaaaaaalles seguras. . .!”
¡Caaaaaaaaaaalles. . .”

Solidariamente comenzaron a circular helados, jugos de naranja, coca-colas. Las organizadoras se iban quedando sin voz, las niñas pedían ir en hombros. Casi tres horas de caminata bajo un vientecillo frío; se extinguía el verano.

El parque, ¡por fin! Llegamos triunfalmente entre la gritería y los abrazos de las compañeras que corrieron a recibirnos. Nos instalamos en ese espacio conquistado por unas horas para estar juntas, para oírnos, para hablarnos, para disfrutar una noche SIN MIEDO. Y ahí estábamos, por fin. Unidas. ¿Era cierto? Cierto. Contentas. Fraternalas. Ahí estábamos reclamando, ejerciendo finalmente ese derecho, el de pasear, el de deambular sin sobresaltos por estas calles que a diario atravesamos pero que todavía no nos pertenecían.

Esta vez podíamos —y lo hicimos— sentarnos en el suelo, estirarnos, bromear, cantar, desahogarnos. Cubrimos todo el polvoriento centro del jardín iluminado esta noche como para un partido de baseball. A los lados, puntillosamente dispuesta la venta de comida, refrescos, distintivos y camisetas, periódicos y propaganda feminista y de oposición. En un extremo, los carteles para agruparnos por zonas al finalizar el evento y acompañarnos hasta Lechmere, Jamaica Plain, Cambridge, The Bronx. . .

Cineastas y fotógrafas, de un lado a otro, buscaban entre los niños durmiendo, entre los corrillos, entre las parejas entregadas al cariño, los sueños, las charlas, los gestos, las sonrisas de una reunión de mujeres.

“¡Silencio, silencio!” Obedecimos al primer ronquido del micrófono; comenzaba el mítin con un breve discurso en inglés sobre el objetivo de la marcha. En seguida escuchamos a las minorías: la voz china —que el estereotipo ha decidido dulce, suave— sonó dura, tajante, enérgica; denunciaba —dijo la traductora— los constantes ataques, el racismo contra las habitantes de Chinatown. La frase bailadora, melódica del portugués arrojaba indignación: hacía poco habían violado a una adolescente de la colonia portuguesa y el bebé estaba por nacer.

Y que llega el vozarrón de la puertorriqueña con toda su furia y resentimiento contra el colonizador: “¿Qué pasaría —dijo al mismo tiempo con una habla cantadita y palabras cortadas— si too ese potencial de luuuuuuuuuucha femenino aquí reunió y el de too el paí y el de toa AMERICA LATINA se decidiera a acabar con ese enemigo que toa conocemo?”

Aplausos frenéticos de las “hispana”. “A ver las hispana, aquí toa junta,

que vean cuánta como”, gritó bajo el estruendo de maracas y tamborilazos; la porra puertorriqueña, una orquesta tropical femenina, como imán gigantesco jalaba y jalaba “hispana”.

Regañó a las gringas, con odio casi; les dijo en inglés que debían “reflexionar sobre su complicidad con uno de los gobiernos más opresivos de la tierra y aliado de regímenes totalitarios donde se está pisoteando la dignidad de millones de mujeres”. Les reclamó su actitud de esta tarde: “nuevamente hubo discriminación contra nosotras las latinas. Por eso no quiere venir la colonia a este tipo de manifestaciones”, concluyó.

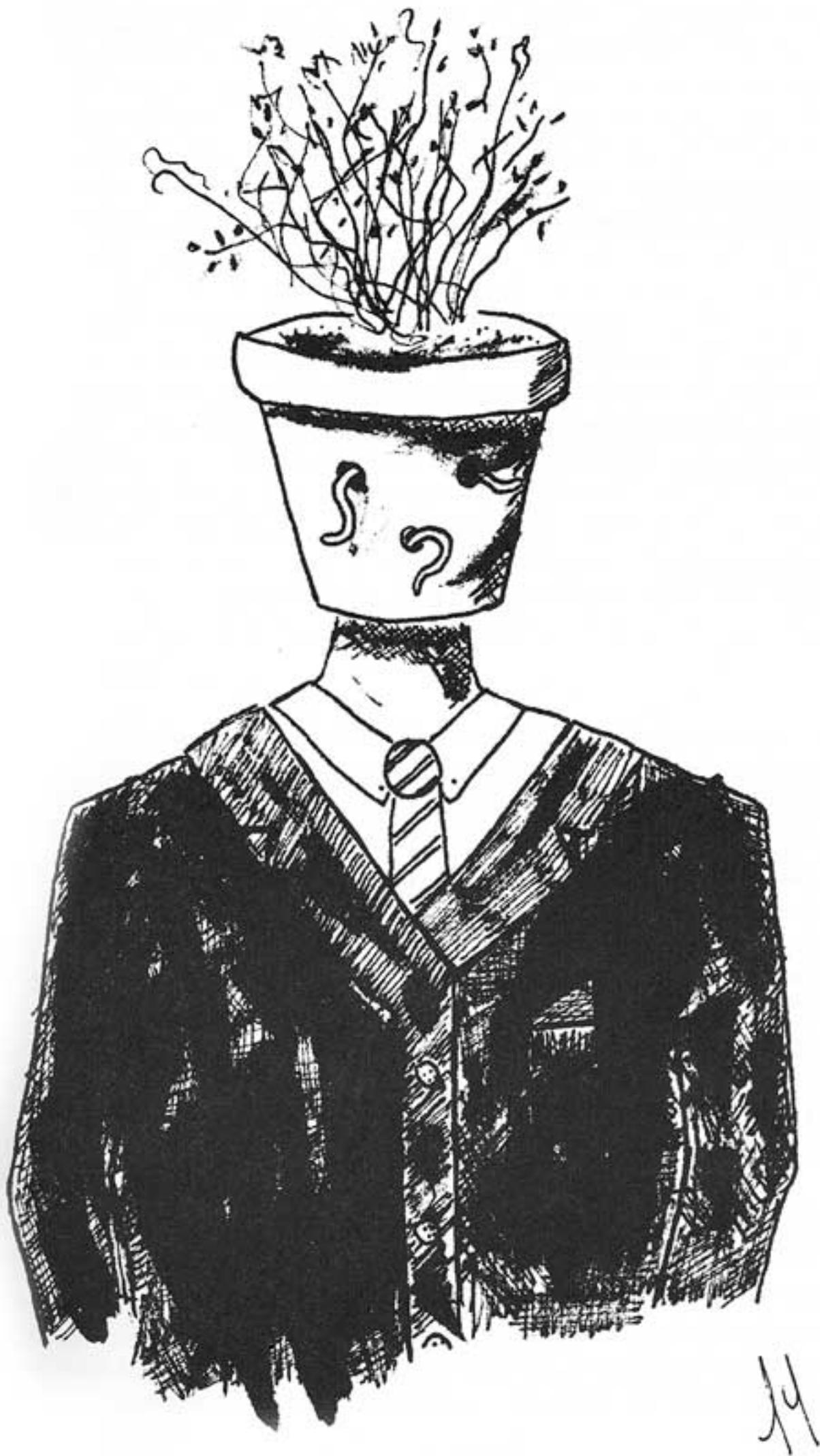
Durante todo ese tiempo hubo traducción simultánea para las sordomudas— ¡Siempre tan organizados los Estados Unidos! Extraño espectáculo, éste, de señas y arenga silenciosa: la intérprete se contorsiona, estira el brazo, lo recoge, dobla las manos, junta los dedos, les da tres vueltas, los lleva a la boca, mueve la cabeza, se tapa el ojo. Casi aprendimos la mímica de “mujeres”, “agresión”, “sexismo”, “compañeras”.

Después los cuerpos en mallas rosas de un grupo feminista de teatro-danza revivieron un cuadro familiar: el proceso sumisión/rechazo ante la femineidad impuesta. “No, no voy a ser dulce, ni bella, ni tierna, ni graciosa, ni resignada, ni boba. Esa es mi voz, éste mi rostro. No voy a decir nunca más SI a todo lo que digas.” Gestos y palabras tan conocidos, pero hoy en excelente representación, identificados dolorosamente, redescubiertos, desenterrados, hallados en cada rictus, en cada inflexión de las comediantes, nuestras hermanas.

De regreso a casa nos llevamos jirones de la fiesta: miradas, un mohín, rostros, palabras, presencias y el zumbido uniforme, destemplado, como susurro, como grito, como plegaria, como desafío de:

“¿Qué queremos?
¡Calles seguras!
¿Cuándo las queremos?
¡Ahora!”







**Taller de crítica literaria
coordinado por Francisco Prieto**

José Emilio Pacheco; *Las batallas en el desierto*;
Ediciones Era, México, 1981.

por Francisco Márquez

¿Las batallas en el desierto?, ¿de qué batallas me hablan?, ¿de las del medio oriente?, ¿las de Sud Africa?, ¿cuáles, dónde? . . . Esas son sin duda, algunas de las preguntas que se antoja preguntar inmediatamente a José Emilio Pacheco después de leer el título del nuevo libro que acaba de publicar: “Las Batallas en el Desierto”. Sin embargo, desde que uno empieza la lectura de la obra, se da cuenta de que ahí no se relatarán los horrores de las batallas bélicas sino que se describirán otro tipo de luchas. La acción se desarrolla durante el período de transición que se inició en los albores de la Segunda Guerra Mundial y que se prolonga hasta nuestros días.

José Emilio Pacheco, en efecto, nos lleva de la mano a dar un paseo por parajes que parecen ser autobiográficos, pero que en realidad podrían ser fragmentos de las vidas de cada uno de nosotros, incluyendo, quizás la de usted mismo, amigo lector. Pero, se preguntará, ¿qué tenemos que ver Pacheco, usted y yo con las batallas en el desierto?, y yo le respondería que mucho. Particularmente si vivió su infancia o su juventud en la Ciudad de México.

En las páginas de este testimonio descubrimos recursos olvidados de cuando México, al igual que tantos otros países empezaba a vislumbrar la fisonomía de la nueva era industrial. La de las telecomunicaciones, la propaganda, el consumismo, el neocolonialismo. Aquellos días en que nuestras costumbres empezaron a perder su encanto y eran reemplazadas por los nue-

vos hábitos que los países industrializados reconocían como civilizados y cosmopolitas. Es “Carlitos”, el personaje central de la novela, quien nos hace vivir otra vez las experiencias empolvadas que tenemos de aquellos momentos en que se empezaron a introducir masivamente los aparatos eléctricos, los refrescos embotellados, los detergentes, los automóviles de la postguerra. Comenzaron a entrar tantos productos nuevos al país que aún hoy no acaban de desfilarse ante nuestros ojos. Tantos usos nuevos, tantas modalidades nuevas que aprender en el comer, en el vestir, en las relaciones familiares, en las laborales, en las sociales. Tantas cosas nuevas llegaron entonces que ésta es la hora en que no acabamos de adoptar todavía muchas de las que arribaron primero. Junto con todas esas novedades llegaron también movimientos culturales desconocidos, y tan violentos que terminaron por desquiciar los cimientos de la moral de la juventud de aquella época, a un grado tan extremo que los adultos, espantados, no cesaban de repetir que los jóvenes estaban perdidos para siempre. —Bueno, ¿pero qué tiene que ver todo eso con las “batallas en el desierto”?, me volverá usted a preguntar y yo le volveré a contestar que mucho. Porque se trata de las batallas que jugábamos en los parques arenosos, o en los patios de las escuelas, escuelas católicas principalmente. Porque eran las batallas donde revivíamos ferozmente la pugna bíblica entre los judíos y los cristianos. En donde naturalmente, los judíos eran los villanos que habían crucificado a Jesucristo, mientras que los cristianos eran por supuesto, las únicas almas puras en el mundo que podían alcanzar la salvación eterna. Claro está que esas batallas las llevábamos a cabo con tal fervor en las escuelas religiosas porque fue en 1948, como usted recordará, cuando se proclamó el nuevo Estado de Israel, y además, porque en esas fechas los niños de la ciudad de México no sabíamos todavía que Jesús de Nazaret era asimismo judío.

Con su ternura infantil, Carlitos nos relata las peripecias de su primer gran amor. Amor simbólico y apasionado que profesaba por la mujer más sublime de la creación: Mariana, la mamá de su mejor amigo. Idilio que nos recuerda el que existió entre Damian y Elena, en la famosa novela de Herman Hesse.

Esta obra que empieza como cualquiera de las batallas en el desierto, es decir, sin saber exactamente cómo, ni en qué momento, tiene una dinámica literaria vertiginosa y deliciosa que, en la medida que se acerca al final, acrecienta en nosotros los deseos de que no termine, de que continúe, de que Carlitos nos siga contando sus relatos con la misma familiaridad con que los hemos aceptado; así, como si estuviésemos viendo una película antigua de nuestras vidas; así, como si nos estuvieran leyendo un cuento como cuando éramos pequeños.





**Taller de crítica literaria de
la Casa del Lago, coordinado por
Sandro Cohen**

Jaime Augusto Shelley; *Avidos rebaños*; UNAM.
Colección Cuadernos de Poesía; 1981.

por Martha Ramírez Reyes

Podríamos decir que *Avidos rebaños* es un libro de denuncia ante la injusticia, la deshumanización y la coartación de la libertad; y también podemos decir que es un libro de reflexiones sobre conflictos humanos tanto individuales como colectivos. Shelley nos enfrenta a situaciones diversas, pensamientos y meditaciones que no nos son completamente ajenos, ya que alguna vez los hemos experimentado.

En este libro, que conserva el estilo y la tónica de obras anteriores, todo gira en torno al hombre, consciente del mundo que lo rodea, que cuestiona y se cuestiona a sí mismo, que interioriza los estímulos externos y se violenta ante aquello que no comprende, y entonces denuncia y rechaza.

El libro se inicia con una cita del poeta inglés homónimo del que nos ocupa, P. B. Shelley. A partir de aquí nos adentramos en la reflexión con el primer texto, "Preventiva"; y esta reflexión concreta y concisa se repite a lo largo del libro, principalmente en los textos más cortos, como éste en el que Shelley, haciendo uso de una sorprendente economía del lenguaje, manifiesta pensamientos complejos que, de ser expresados con algunas palabras más, tal vez hubieran perdido el impacto que éste produce:

Para que no echen
a volar
a mi sueños
cuando crecen
les corto
las alas

En ocasiones, las reflexiones de Shelley giran en torno a cuestiones nimias, y en otras, en torno a temas obsesivos. No hay una temática delimitada, las ideas se presentan a veces deshilvanadas, tal y como surgen del pensamiento, y el autor pasa de un tema a otro: el tiempo, la vejez, los recuerdos, los conflictos internos, y sobre todo —más frecuentemente que otros— el amor. Shelley trata de definir al amor, de describirlo desde diversos ángulos. En sus versos el amor es libre, voluntario y consciente:

No se mide un instante
ni dura en precisión
más o más.
No existe, tampoco, una boca
que aprehenda a otra boca
más allá de su anhelar

Encontramos también versos sobre temas trillados que; sin embargo, están bien resueltos, ya que Shelley crea imágenes originales y afortunadas poniendo las palabras adecuadas y evitando el rechazo que pudiera darse. La riqueza de imágenes y metáforas es evidente. El conflicto que plantean los versos se integra a la métrica irregular, logrando un resultado satisfactorio ya que la forma se adapta al contenido sin que se pierda musicalidad, es decir que hay sonoridad y ritmo a pesar de lo irregular de los versos y apoyos acentuales.

Sobresale, por su particular estilo, una serie de textos breves colocados irregularmente a lo largo del volumen. a los que Shelley denomina “áforo”, y que por su contenido conciso y directo podríamos interpretar como aforismos. Estos áforos —siete en total— expresan pensamientos concretos, instantáneos algunos de ellos plasmados de manera sencilla, evidente y en ocasiones poco poética. Otros son extraños y complejos, resulta difícil escudriñar en ellos para sacar en claro la intención del autor que no logra explicarse en la reducida extensión del texto:

De no ser por el alcohol
podría llegar a ser
cada vez más químicamente puro. . .
Calcula.

Cuenta aparte son los poemas “Nubes” y “Avidos rebaños”; el primero con una dedicatoria al pueblo nicaragüense y el segundo con una cita inicial de Marx. Estos textos dejan sentada la posición del autor como hombre perteneciente a una época y participante de ella al solidarizarse con movimientos sociales que luchan por una mejor forma de vida. A lo largo del libro se nos ha ido preparando anímicamente para llegar a estos dos textos, ambos complejos y extensos, en comparación con los demás, y provistos de un gran dramatismo. En los textos anteriores se hizo patente el rechazo y la inconformidad hacia una sociedad deshumanizada, vana (“Room-mate” y “Burguesa a los cuarenta”), y se enalteció el amor, la entrega y la libertad. Ambos aspectos se conjugan en estos dos últimos textos; aquí nos encontramos con el dolor y la oscuridad a los que el hombre se ve arrastrado por ser “siempre mutante/. . . centro de aguas que chocan y se abren al paso/ de una embarcación que avanza”. Nos enfrentamos también al dramatismo de las vidas de los que luchan:

Ser entre ladrillos es atroz:
muros leprosarios y bocazas oscuras
donde hiede a orín, a perros,
a confusión de guisos siempre insustancial

...

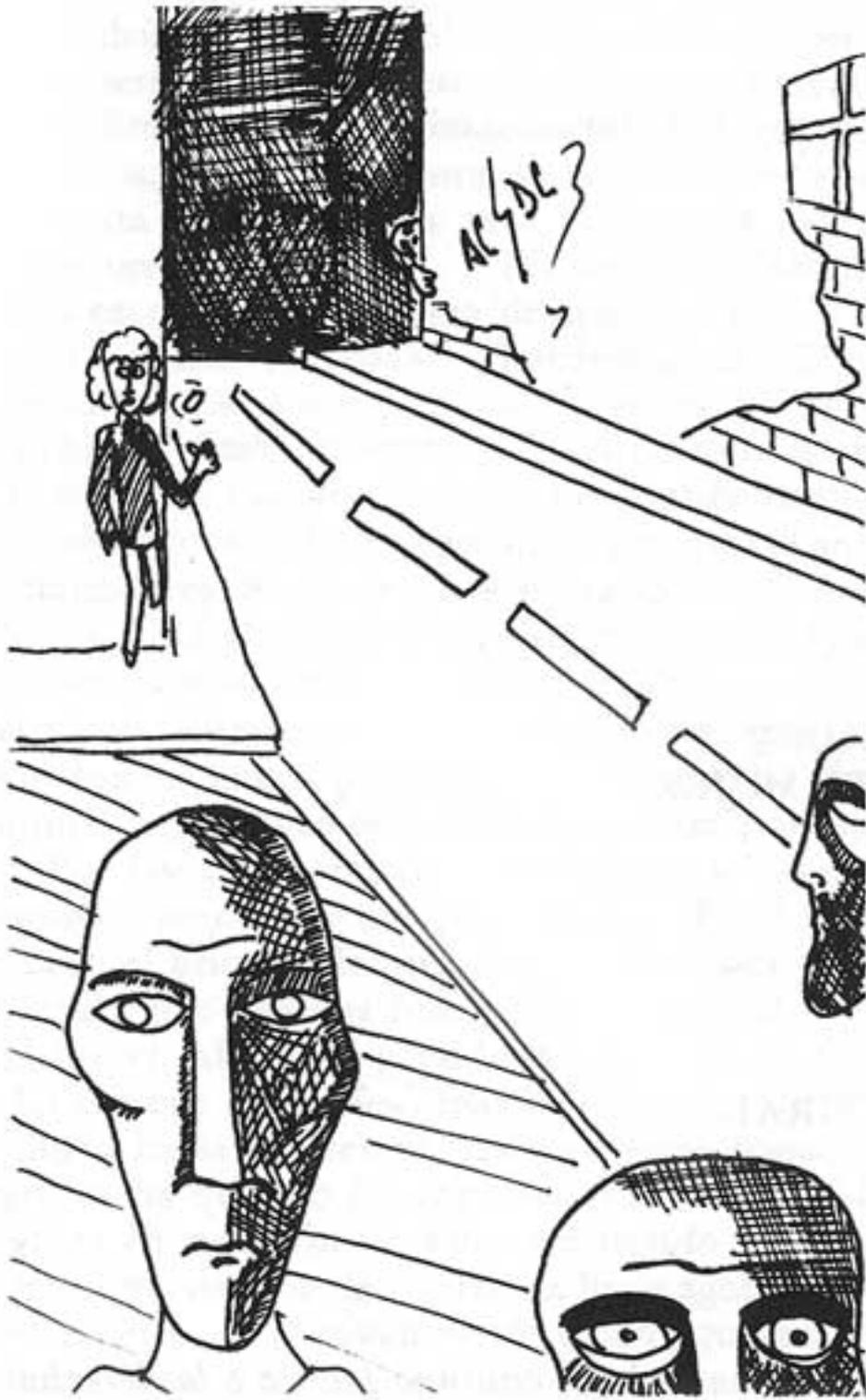
Romperse el alma a diario
¿para qué, para quién?

Shelley nos enfrenta a la lucha, al miedo, al temblor de los cuerpos, al frío y al hambre, que mueven, sin embargo, a seguir adelante:

La espalda dolida, la ansiedad y la infección
buscan su lugar, se acometen y silban.
Alguien puede perderse así, muy fácilmente.
Entonces, ¿miedo a qué?

Avidos rebaños conjuga una serie de textos en los que de alguna manera nos sentimos involucrados porque en ellos está el ser humano en su sencillez y en su complejidad, en sus pequeños y grandes momentos, como ente tanto individual como colectivo, y llegan a inquietar y a conmover a través de la expresión de amor, rebeldía y lucha.





TEATRO

EL CAZADOR
(Farsa en un acto)

por Filadelfo Sandoval

A Lucio León

PERSONAJES:

EL CAZADOR
LA JOVEN MUJER

ESCENOGRAFIA:

Una habitación con una puerta a la derecha. Al centro, una mesa. Hacia el lado izquierdo, un armario con espejo.

EL CAZADOR, vestido de cazador y con pistola al cinto, se encuentra atravesando con una varilla el cadáver de un gato.

EL CAZADOR:

(*Contempla el cadáver del gato*) ¡Qué divino se ve! Su sangre aún está caliente. . . (*Lanza el cadáver del gato al piso y se dirige hacia el armario*). Bah, después de todo, "Querubín" pertenecía a la familia de los felinos. . . (*Frente al espejo*) Hum. . . ni más, ni menos. . . Pero, ¿éste que está adentro del espejo soy yo? (*Pausa*). ¡Ah! ¡Galán! ¡Increíble! (*Gesticula. Se aprieta la nariz. Se palpa el cuerpo. Levanta las manos, agitándolas*). No es un sueño. . . Deveras, ¡soy yo! (*Al público*). Yo, el máximo cazador de todos los lince que existen en las selvas de Africa y América, les dedico este modesto tributo personal. Considérenlo como un discreto reconocimiento. . . No quisiera decirlo, pero, ¿saben? ¡soy único! ¡El cazador de la puntería implacable! (*Cambia de voz*). "Jamás ha fallado un tiro." "Es de lo más certero en sus disparos, sobre el punto preciso del corazón de las fieras. . ." (*Voz normal*). En efecto, ése es mi privilegio. . . Alguno podría pensar que utilizo una técnica especial para esto de cazar a las fieras, pero no. Nada de eso. Mi secreto es sencillísimo: ¡Valor y temple! (*Visualiza a una fiera imaginaria*). Sobre los árboles, en la afluencia de los ríos, entre la espesura de la selva se refugian las bestias.. ¡Shhhtt! ¡Ahí está una! ¡Maldita sea! Las ramas me impiden verlo bien. . . Buscaré un punto visible: . . ¡El corazón! ¿Observan mi estilo para empuñar la escopeta y la manera de apuntar? En ello radica mi éxito. . . ¡Ahí está la fiera! ¡PUMMM! (*Carcajeándose*). El hermoso ejemplar, hecho un fardo, cae a mis pies con un golpe seco y fuerte. . . (*En "off", se escucha un flash informativo*). "Atención. Atención. Noticia importante. El afamado cazador de todos los continentes del mundo, obtiene un codiciado trofeo y lo rechaza inmediatamente ante la incredulidad de sus admiradores. Seguiremos informando." (*Termina el flash informativo*). No es nada. Rechacé el premio, porque el felino era demasiado pequeño como para tomarse en cuenta. ¡Salud, estimado Señor Embajador! Espero que le haya gustado mi sencillo presente. Sí, desde luego mi especialidad son los lince, pero la lagartija que le he obsequiado no la cacé en cualquier lugar. Solamente se la encuentra por las áridas tierras del Sahara. . . Por favor, señores de la prensa, no soy tan fotogénico como ustedes suponen pero he de complacerlos. . . ¡Puff! El día de hoy fue agotador. Primero el brindis, después las felicitaciones y la complacencia hacia gente extraña que deseaba fotografiarse a mi lado. . . Vino una larga espera y al fin, el infumable presidente del Club de Cazadores firmó mi diploma. La entrega del trofeo, más fotografías, otro brindis y finalmente mi rechazo hacia el premio. Así son estas cosas. . . (*Durante el último diálogo, se ha quitado los zapatos, el sombrero y la funda de la pistola. Se coloca en posición de estar realizando un coito*). Sí, querida. . . en mi próximo viaje he de traerte un lince agonizando y así podrás disfrutar de su muerte. . . (*Sensualmente y casi agonizando*). Sí. . . cariño. . . Humm. . . ¡Qué rico! ¡Ah! ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Cómo? (*Se incorpora violentamente*). ¡Sólo a ti se te ocurre pedirme un autógrafo en estos momentos! (*Al público*) ¿La piel del animal? Muy sencillo. . . (*Como si desollara una fiera. Avienta la imaginaria piel hacia el público*). La regalo a mis admiradores. ¡Al diablo con todas las cosas que me rodean! (*Lanza hacia el público, los zapatos, los calcetines, alguna medalla, el pañuelo, etc.*) ¿Para qué me sirven estas cosas? ¡Conmigo basta! Mi corazón de altruista obsesionado me ordena obsequiarles mis vanos trofeos. . . Un momento. Quiero hacer una pequeña excepción. Deseo conservar ciertos ejemplares que a ninguno de mis colegas se les ha ocurrido cazar. . . (*Abre el armario. Adentro se aprecia un enorme bacín, el cual*

intenta sacar). Voy a mostrarles lo que la semana pasada. . . Aunque pensándolo bien. . . No importa. Acepto que se me llame egoísta. . . (*Se olvida del bacín. Deja abierta la puerta del armario*). He cambiado de opinión y no voy a mostrarles nada en tanto los medios de comunicación no se encarguen de divulgar. . . (*Tocan a la puerta*). Saben que soy noticia y gracias a mí comen y visten los reporteros. (*Tocan a la puerta*). Mi imagen es para ellos una fuente de ingresos. Como la publicidad mantiene de pie a los ídolos. . . Y yo, señores, he de decirles que soy un hombre público. . . (*Tocan a la puerta*). ¿Quién diablos es?

VOZ FEMENINA:

¡Abra, por favor! Soy reportera y dibujante de un publicación y vengo para realizarle una entrevista al hombre más afamado de todas las selvas. Será un homenaje. . .

EL CAZADOR:

Cuanto lo siento, pero estoy ocupadísimo. Además es muy temprano para hacer una entrevista. Vuelva más tarde. (*Con interés*). ¿En qué consiste el homenaje?

VOZ FEMENINA:

Es para el próximo número de "Concentración y Puntería".

EL CAZADOR:

¿La revista especializada en cacería? Es que ahora. . .

VOZ FEMENINA:

Por favor, sólo unos minutos, ¿sí? No me niegue la oportunidad de conocerlo en persona. Son tantas las cosas que se dicen acerca de usted. . . Hallarme al lado de un hombre. . . ¿Por qué rechazó el premio?

EL CAZADOR:

Bueno, bueno, abriré un momento. Nada más para que usted realice su trabajo, ¿de acuerdo?

VOZ FEMENINA:

Sí.

EL CAZADOR:

¿Me lo promete? Sólo un momentito.

VOZ FEMENINA:

Sí, sí. . . pero, abra ya.

EL CAZADOR:

Está bien. (*Al público*). ¿No les dije? La publicidad es un tiro efectivo. . . Uno quisiera ser discreto, pero, ¿cuántos ojos anhelarán conocerme?

(*El Cazador abre la puerta y entra la JOVEN MUJER. Lleva vestido largo y entallado que le dibujan sus formas incitantes. Por el modelo del vestido, parece una sirena. Trae un ramo de flores blancas, lápices y hojas de papel.*)

LA JOVEN MUJER:

¡Oh! Me parece un sueño estar frente a frente con el cazador. . .

EL CAZADOR:

¿Una sirena? Usted se equivocó de cliente. Soy cazador, no pescador.

LA JOVEN MUJER:

No importa. Me atrevería a desafiar mil anzuelos, con tal de morir bajo uno de sus tiros. Debe verse majestuoso cuando empuña el rifle. Acertar en el blanco con la inspiración que me han dicho que tiene. . .

EL CAZADOR:

¿De verdad, le parezco intrépido? Lo mismo decía mi madre, cuando de chiquillo mis hermanas me hacían enfurecer y yo arremetía contra la valla. ¡Qué divertido era aquello! Furibundo, apretaba entre mis manos, la mantequilla o la mermelada, hasta escurrírseme por entre los dedos. Y mi madre me perdonaba todo.

LA JOVEN MUJER:

Es usted dominante. Eso nos agrada a nosotras. . .

EL CAZADOR:

Lo sé. Mi vida se ha desarrollado en la grandeza, al mismo tiempo en que varias víctimas ruedan a mis pies. En alguna ocasión, mi madre predijo que yo sería alguien importante dentro de la sociedad. Y no se equivocó.

LA JOVEN MUJER:

¿Ella leía la suerte?

EL CAZADOR:

No. Pero siendo yo el único varón de la familia, entre siete hermanas, era de intuirse que mi destino sería triunfar.

LA JOVEN MUJER:

¡Siete hermanas! ¿Y no se sentía extraño al lado de tantas mujeres?

EL CAZADOR:

¿Por qué? A ellas las quiero mucho. Hasta la fecha, cuentan con mi apoyo. No me diga que debí entrar a una escuela militarizada. Usted se parece a la menor. . . (*Abraza a LA JOVEN MUJER*). Su perfume. . . la sonrisa. . . sus atractivos. . . Si mamá viviera, celebraría este instante. . . (*La observa*). Aunque, viéndolo bien, tiene más parecido a mamá. . .

LA JOVEN MUJER:

¡Bonito halago! ¿Me obsequiará una fotografía suya? No puedo creer que usted sea el cazador. Mis dibujos jamás superarán su figura. Parece contradictorio que yo, una dibujante común, tenga que realizar el trazo de su porte. . .

EL CAZADOR:

Por favor, déjese de tantos elogios que no merezco. . .

LA JOVEN MUJER:

(*Entrega el ramo de flores a EL CAZADOR*). ¡Míreme! ¡góceme!
¡Apúnteme! ¡Hágame una horadación profunda en el pecho o en donde atine. . .!

EL CAZADOR:

(*Emocionado*). ¿Lo dice verdaderamente? (*Estruja las flores sobre su pecho y se queda embelesado*).

LA JOVEN MUJER:

(*Acosando a EL CAZADOR*). ¡Sí! ¡Qué aroma de felino! No se olvide de darme el tiro de gracia. Sería frustrante para mí encontrarme abatida ante usted, faltándome el tiro de gracia. ¡Mis deseos se están cumpliendo! Primero, conocerlo en persona. Segundo, sentirme encantada cerca del cazador omnipotente. . .

EL CAZADOR:

(*Reacciona*) Cazador. . . ¿Qué?

LA JOVEN MUJER:

¡Omnipotente!

EL CAZADOR:

¡Vaya! Entendí otra cosa. . . Absténgase de tantos elogios y empiece sus dibujos.

LA JOVEN MUJER:

Perdón. Si así lo desea. . . (*Se prepara para dibujar*). ¿Qué pose le agrada? ¿De perfil? ¿Tres cuartos de perfil? ¿De frente?

EL CAZADOR:

¿En lo segundo?

LA JOVEN MUJER:

¿Lo segundo? Cuando se publique. . .

EL CAZADOR:

¡No!

LA JOVEN MUJER:

¿El dibujo terminado?

EL CAZADOR:

¡Tampoco!

LA JOVEN MUJER:

¿Entonces?

EL CAZADOR:

(*Malicioso*). Lo segundo es aquello de sentirse encantada cerca de mí. ¡Sus posiciones! ¿No conoce otras más que de perfil, de tres cuartos de perfil y de frente?

LA JOVEN MUJER:

Ya comprendo. . .

EL CAZADOR:

Seguramente ha oído hablar de "Cuando el felino ataca".

LA JOVEN MUJER:

¡Claro! ¿En donde el que jadea menos, debe darse tres vueltas alrededor de la cama y pegar una maroma para entrar en calor? La conozco. Y mire que se me hace una técnica anticuada. Usted no necesitará de maroma, porque siendo tan ágil como una fiera, le sobrarán energías para varias presas.

EL CAZADOR:

Así es. (*Evocador*). Mami, ¿escuchas lo que dice esta señorita? ¡Coincide contigo! ¿Se encuentra dispuesta para ser devorada?

LA JOVEN MUJER:

Antes que nada, permítame realizar los dibujos. Así iremos ganándonos confianza, ¿no le parece?

EL CAZADOR:

Tiene razón. (*Tira las flores al suelo. Se retoca el cabello y la ropa con exquisita delicadeza*). Puede empezar.

LA JOVEN MUJER:

(*Descubre el cadáver del gato*). ¿Esto es lo último que ha cazado? Debió costarle mucho trabajo. Estaba tan emocionada por el primer encuentro con usted, que no tuve tiempo de. . .

EL CAZADOR:

En efecto. "Querubín" era muy astuto. Se escondía por los lugares más insospechados de la azotea. ¡Cuántos desvelos me produjo! Pero esta madrugada, ¡bendita madrugada! esperé que saliera de su escondite y apenas asomó la cabecita, le solté un inocente balazo. . .

LA JOVEN MUJER:

¿Qué hace aquél bacín, guardado en el armario? (*Abre el armario y se encuentra con más bacines*). ¿Por qué tiene tantos?

EL CAZADOR:

(*Saca el bacín del armario. Este deberá estar equipado como si fuera una incubadora*). Son mis nuevas presas. ¿Qué se imagina usted, que sean?

LA JOVEN MUJER:

No sé. . . Parece atole. . .

EL CAZADOR:

¿Atole? ¡Divertido! (*Abre la tapa del bacín y mete la mano de la JOVEN MUJER*). ¡Obsérvelos!

LA JOVEN MUJER:

¡Uff. . .! ¡Diarrea. . .! ¡Lombrices intestinales!

EL CAZADOR:

¡Exacto! Las pobres son tan inofensivas. . . En la diarrea se conservan sanas y robustas. . . (*Mete la mano al bacín*). Aquí, un pedazo de solitaria. . . ¿No cree que deban considerarse como dignos ejemplares? (*Sonador*). Seré la envidia de mis colegas cuando se enteren de la originalidad de mis presas. Dentro de poco tiempo los demás bacines estarán lle-

nos de diarrea con miles de lombrices intestinales. Son un amor, ¿verdad?

LA JOVEN MUJER:
Me dan asco. . .

EL CAZADOR:

¿Por qué asco? Conservar estos animalitos no debe producirnos asco, porque forman parte de nosotros. Usted, bonita y juvenil, las guarda dentro de su organismo. Yo, valiente y emprendedor, también las llevo dentro de los intestinos. Nadie está exento para no ser una beneficiencia callada. (*Recoge las flores del suelo*). Estoy harto de cazar enormes fieras, de conservar pieles, dentaduras y garras, identificables hasta por los que nunca han estado en la selva. (*Mientras dice el anterior parlamento, coloca las flores dentro del bacín*). La ventaja de coleccionar a estos animalillos es la economía. ¡No se gastan municiones! Solamente hay que tomar un purgante, esperar a que surta efecto y listo. Los bichos lo esperan a uno en el fondo de la taza del baño. (*Aspira el perfume de las flores*). Sin embargo, parece que nacieron para vivir ignorados por la sociedad. Imagínese usted en el baño, con el purgante digerido en el estómago. Después, se da cuenta que en su mierda, aglutinadas con cascaritas de jitomates, se encuentran las lombricitas. ¿Y qué hace usted inmediatamente? ¡RRUUUNNN! Jalar el agua para que las pobres sean atragantadas por el drenaje. (*Conmovido*). No hay razón para cometer tal impertinencia. ¡Privarles la vida! (*Tranquilizándose*). Así, los purgantes cumplen con el objetivo de desechar todo lo que traemos dentro del estómago. . .

LA JOVEN MUJER:

Deveras, los purgantes cumplen con su objetivo. . .

EL CAZADOR:

Y en forma eficaz. Ofrézcale un purgante a su mejor amigo y verá cómo le arroja, entre el amasijo de su excremento, todas las lombrices y solitarias que en secreto coleccionaba.

LA JOVEN MUJER:

¿Y cómo las obtuvo? ¿Usted estaba descompuesto del estómago?

EL CAZADOR:

No. Yo, no. Mi pequeño vecino de enfrente. Varias veces observé que salía y entraba con urgencia al baño. Lo habían purgado y lanzaba lombrices dentro de la taza del baño, como si uno succionara un plato lleno de espaghetti. Fué la semana pasada.

LA JOVEN MUJER:

Y usted le pidió que se las permitiera conservar dentro del bacín, ¿no es así?

EL CAZADOR:

Sí. Aquí está la génesis de mi colección. Tendré una sobrepoblación de lombrices a las que ayudaré a vivir. A éstas las vitamino para que crezcan largas, sanas y robustas. No se las muestro por mucho tiempo, porque el

aire las afecta y pueden morir inmediatamente. (*Patético*). Sería el acabóse de mi fama. Mi grandeza debe perdurar por todos los siglos. Cuando mis colegas se enteren de la calidad de mis presas, se pondrán verdes de envidia porque ellos no han tenido algo similar. Solamente espero a que crezcan un poco más y en una rueda de prensa. . . Usted tuvo la suerte de ser la primera persona en conocer mi secreto.

LA JOVEN MUJER:

(*Toma el bacín de las flores y se postra solemnemente frente a EL CAZADOR*). ¡Me ha dejado perpleja. . .! El coloso de los continentes selváticos, ¿brindando su bondad a unos seres repugnantes?

EL CAZADOR:

(*Frenético*). Basta de mirar con ojos ciegos a quienes viven en el túnel de nuestras vidas. Todos tenemos derecho a respirar el aire con absoluta libertad. Es una infamia dejar que nuestros parásitos mueran de incógnito. Debemos estipular una ley que proteja la vida de quienes están en el anonimato.

LA JOVEN MUJER:

(*Se incorpora y deja el bacín sobre la mesa. Toma lápiz y papel*). Además del dibujo, iniciemos la entrevista. ¿El cañón de su escopeta es de largo alcance?

EL CAZADOR:

(*Mirándose el sexo*). ¡Epa! Primero termine el dibujo. ¿Qué espera?

LA JOVEN MUJER:

Perdón, señor. Estaba tan conmovida. . . (*Realiza el dibujo*).

EL CAZADOR:

(*Interrumpe su pose*). Le aconsejo que no sea tan estilizado el dibujo. Hágalo con mucha naturalidad y veracidad.

LA JOVEN MUJER:

¡Listo, señor! Me quedó sensacional. . . Véala. . . (*Muestra una ridícula caricatura del cazador*).

EL CAZADOR:

(*Observa la caricatura*). ¿Qué? Este esperpento, ¿soy yo? (*Ríe*). Un dibujo fuera de lo común. . . Deveras que tiene mucha gracia. . . (*Amenazante*). ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? (*Violentamente, sacude a LA JOVEN MUJER por los hombros*). No voy a permitir la publicación de esta porquería, ¿entendido? Yo, el cazador apuesto y avasallante, estampado sobre un miserable papel como si fuera un radiograma. . . ¿Ignora lo que significa eso?

LA JOVEN MUJER:

(*Tranquilizando a EL CAZADOR*). Es muy buena y bastante original. . . ¿Le parece un mal dibujo? No lo tome tan a pecho. Usted, con su arrolladora personalidad, se mantiene firme. . . (*EL CAZADOR vuelve a mirarse el sexo*). Y con su nueva faceta para coleccionar animales ignorados, adquiere un toque distinguido. . .

EL CAZADOR:

(*Se abraza de las piernas de LA JOVEN MUJER*). Entonces, éste del dibujo no soy yo, ¿verdad? ¡Bromista! Ignoraba su fino humor. . . ¡Desengañeme! (*Ansioso*). Dígame que su intención no era burlarse de mí. ¡Desmíentelo! No lo publicarán, ¿verdad?

LA JOVEN MUJER:

(*Maternal*). Claro que no. Según las referencias y ahora que lo he conocido. . .

EL CAZADOR:

(*Levanta a LA JOVEN MUJER sentándola sobre la mesa, cerca del bacín*). Por lo que más quiera, dígame que no soy éste que usted dibujó. . . (*Da vueltas como una fiera enjaulada*). ¡Dios mío! Yo, convertido en una caricatura. . . Si lo supiera mi mamá. . . Le ruego. . . Si desea, le mostraré algunos de mis trofeos para que sepa de mis triunfos. . . Quedará convencida de mis logros. . . (*Iracundo*). Usted debió aparecer al principio de la obra y no hace un momento. ¡Maldito el instante en que realizó el dibujo!

LA JOVEN MUJER:

(*Seductivamente, atrae a EL CAZADOR*). No se enfurezca. . . Estando a su lado, me siento como una fiera indefensa. Alguien que necesita protección, distracción. . . (*Se quita el brassiere y lo entrega al cazador*). Lo invito a coger mariposas en el monte. . . Lo demás, olvidémoslo. Son cosas del dramaturgo. . . De mi parte, considérelo un boceto. . .

EL CAZADOR:

(*Apartándose*). ¡El dramaturgo y usted! Son cómplices, ¿verdad? Pero no voy a permitirles que jueguen de esta manera conmigo. . . ¡Insensata! (*Abofetea a LA JOVEN MUJER*).

LA JOVEN MUJER:

¡Pendejo! (*Toma el bacín y echa el contenido sobre el rostro de EL CAZADOR. Un líquido espeso y amarillento lo baña, a la vez que un par de enormes lombrices caen al suelo*).

EL CAZADOR:

¡Mis lombrices! (*Recoge la diarrea*). ¡Vea sus impertinencias! La génesis de mis lombrices. . . ¡Muertas! De paso, ha sacrificado mi fama. . . ¿Se ha dado cuenta?

LA JOVEN MUJER:

No sea estúpido. Usted es una miserable lombriz llena de lombrices. . .

EL CAZADOR:

(*Desquiciado, se arrastra sobre el suelo, batiéndose entre la diarrea*) ¡Cálllese! Por su culpa, nadie sabrá de mi grandeza. . . (*Atrapa a LA JOVEN MUJER*). Usted no se escapa. . . (*Le coloca el brassiere en los ojos. LA JOVEN MUJER corre y EL CAZADOR tras ella, como si fuera un zafari*).

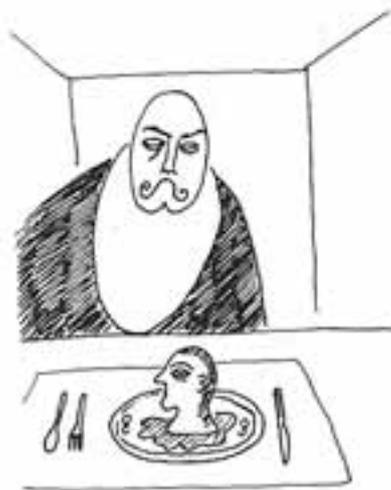
LA JOVEN MUJER:

(*Al público*). He aquí aquello de "Cuando el felino ataca."

EL CAZADOR:

(Toma una de las largas lombrices y acorralla a LA JOVEN MUJER). ¡Bonita manera de burlarse de mi! A pesar de todo, sobre la tierra o debajo del mar, mi fama trascenderá. . . Aunque, ahora. . . (Le echa la lombriz al cuello). ¡Ha destrozado mi fama! ¡Muera, infeliz! (Ahorca a LA JOVEN MUJER y la echa hacia afuera de la habitación. Regresa al centro del escenario). ¿En dónde encontraré algo igual? (Recoge el bacín. Lloro). Era la diarrea de un chamaco de doce años. . . y no muy aguada. . . (Desesperado) ¿Qué cosa le mostraré a mis colegas? (Se contempla en el espejo). No. . . no soy una caricatura. . . Soy único. . . (Recoge el dibujo). Bonito me vería publicado de esta manera en "Concentración y Puntería" (Rompe el dibujo. Frente al espejo). Tú no puedes mentirme. . . y no es solamente en apariencia. (Se quita la ropa y queda en calzoncillos). Aún así, llevo la sangre de un cazador intrépido. Nadie podrá igualarme. ¡Nadie! (Rompe el espejo). Aunque no reflejarás mi imagen. . . (Al público. Desesperado). Mañana partiré a cualquier selva y traeré un lince. . . ¡No! Mis colegas también pueden hacer lo mismo y no existiría ninguna diferencia entre ellos y yo. Pero he de demostrarles que puedo sobresalir. (Observa con intriga al público. Toma su pistola y amenazadoramente, baja hacia los espectadores. El escenario queda a oscuras. Luz de sala. A un espectador, le coloca la pistola en la sien). Si, o no, ¿soy único? (Camina por el pasillo rumbo a la salida de la sala, sin dejar de amagar a quienes encuentra a su paso). Jamás igualarán mi fama. Estoy confundido entre ustedes, pero siempre me hallaré por encima de todos. ¿Alguien lo duda? Vean mis trofeos. (Señalando hacia el escenario). Véanlos y reconozcan sus limitaciones. Ustedes sienten envidia y recurren al escarnio. . . (Lloro). ¿Quién me repondrá mis lombrices? ¡Ah, que pérdida tan desgraciada! Pero la infeliz pagó su error. . . (Está a punto de salir de la sala). Esto no puede quedarse así. . . (Jalonea a un espectador). ¡Ven acá! ¡Acompáñame! ¡Te invito un purgante! ¿No? Entonces, muere! (Suena un disparo).

O S C U R O



"BRAIN EATER" *Quind*



federico

ENTREVISTA CON CARLOS OLIVA

Por Mariela Cuervo

Carlos Oliva (ciudad de México, septiembre de 1955) realiza el postgrado de Filosofía en la U.N.A.M., donde imparte una cátedra de Ética. Fue becario del Taller de Poesía del I.N.B.A.L. (1976-77). Obtuvo el segundo lugar en el Premio Nacional de Poesía Joven 1979, y mención en el Premio de Poesía Carlos Pellicer para Obra Publicada 1980. Ha colaborado en revistas literarias, suplementos culturales y volúmenes colectivos. Sus poemas aparecen en varias antologías recientes. Cofundador de las revistas *Zona* (1978) y *Sin embargo* (1981). Ha publicado los libros: *Un lance de adagios jamás abolirá el azar* (1979) e *Insomnios de su emigmática desaparición* (1980). Este año aparece: *El dolor del ojo luminoso en su osadía* (Ed. Signos).

M. C.: *La Poesía es sencilla o compleja, ¿cómo es la tuya?*

C. O.: En efecto, hay una poesía más difícil que otra, pero sin que ello sea índice de calidad: un poema relativamente sencillo como puede serlo un *hai-kú* vale tanto como un poema hermético de Góngora. Y digo *relativamente* porque llegar a obtener una sencillez poética por lo general es difícil: no deja de comprender un proceso de destilación verbal y semántico tortuoso, si también placentero. De aquí que sea lícito hablar de una difícil sencillez aun cuando en todo caso domina la complejidad, en la aprehensión y en la hechura de la obra poética así concebida.

En cuanto a mi poesía, no recuerdo haber creado un solo poema (al margen de su valor artístico) en el cual no hubiese estado presente la dificultad; y por lo que respecta al grado de complejidad al o para captarlos, no me toca a mí decirlo; aunque mucho me temo que, así como tengo poemas que se viven con cierta facilidad, del mismo modo tengo otros (no menos importantes o relevantes si se me permite señalarlo) más difíciles de padecer: todo depende, creo, del placer o estupor que causen; del fértil y exaltante asombro o del removimiento afectivo que produzcan.

De cualquier forma, coincido con Lezama Lima, en el sentido de que "solo lo difícil es estimulante"; y es que un poema, entre más cifrado esté, por ejemplo, es más intenso: dan más ganas de abrirlo (de seducirlo), de asirlo, y transformarse en él. En mi poesía no es que busque tanto la dificultad deliberada, sino que me es inherente, es mi misma expresión que persigue su propia poeticidad desde lo más profundo de mi vida interior y mundana. Sólo la auténtica dificultad vale. Ignoro hasta qué punto sea alentadora mi expresión dificultosa (de una persona silenciosa, tímida, despistada y medio loca, como me confieso desdoblidamente en uno de los poemas de *Insomnios* . . .), pero de una cosa sí estoy seguro: me es natural y difícil como natural y difícil le es a los niños o niñas exclamar: "¿es que tus labios sienten mis labios?, ¿es que te sienten mis labios tus labios?, ¿qué son tus labios que te sienten con mis labios?" Una expresión metafísica de tan carnal que busca indagar su sentido a través de su sonido, sonido poético, es decir, silencioso: mi callada y difícil expresión (buscando o emergiendo su poeticidad) es tanto más compleja cuanto más desea manifestar el otro lado de la realidad, igualmente compleja. Creo e intento crear, en este sentido, una poesía, sí, compleja y perpleja, en la difícil y hasta inconmensurable medida que la inauguración de una nueva manera de hablar (la poética, la genuina) lo permita. Y sólo lo imposible vale la pena. Una complejidad poética que implica una expresión mágica, misteriosa, secreta, subterránea, enigmática; tópicos todo ellos órficos. Una expresión que es sólo posible cifrar en una forma de vida religiosa, junto con otras solitarias, exaltantes y melancólicas amantes.

M. C.: *¿Por qué se te ocurrió hacer poemas de lesbianas?*

C. O.: Bien, poemas de, que no sobre lesbianas: son una serie de monólogos, que adquieren la dimensión de un diálogo singular y universal, con una expresión, si se quiere, de la que hablábamos antes. Yo quería expresar la naturaleza humana cuando menos en uno de sus límites, por lo que me encontré con el de la lesbiandad, como manifestación de uno de los extremos de la humanidad. Llega un momento, entonces, en que lo que menos importa es la condición lesbiánica, para ponerse de relieve en y por la poesía personal de Yunnia y Jannes —como se llaman mis personajes—, los sentimientos de soledad, vacío, maldad, angustia, temerosidad, ternura, junto con los estados de ánimo (del alma) de su capacidad lúdica, libre y rebelde: en una sociedad tan puritana, conservadora, moralista y represiva como la nuestra, la subversión amorosa que encarnan estas muchachas resulta sumamente rebelde: va en contra de lo establecido, de las buenas costumbres; con su sola actitud humana y creadora (o poética), niegan y reniegan (aun sin proponérselo: con naturalidad, en silencio y en secreto) de toda norma, falsedad o artificio que las hostiga; tergiversan la realidad ordinaria hasta convertirla en extraordinaria, en el milagro de estar vivas cada día, creando sus propios valores, en y con una vida y sensualidad donde la imaginación es la única rigurosidad. En esta perspectiva donde el amor y la poesía son principios subversivos por naturaleza, participo de ellas, de sus particularidades, me ligo a sus emociones y depresiones, a su sensualidad descabellada: a sus absurdos y contradicciones, a su desolación y desesperanza, también a su marginamiento urbano; a sus tormentos; a su Romanticismo; a su fe poética; a sus deseos prohibidos; a su existencia inconclusa y creativa (estética). Me religo a ellas en mudos vasos comunicantes: han nacido de mí y a ellas vuelvo y me adentro: me siento vivo al sentirlas y vivirlas. Desde su interior me veo mirándolas: las siento mirándose en mí. Padecemos las mismas fatalidades, disfrutamos los mismos instantes placenteros, las mismas ansiedades; compartimos

el mismo misterio del mundo natural, los mismos enigmas de la realidad: el ser poetas. Cuando reinvento el amor con la compañera de mi vida, el alma se transforma a tal grado (como en la alquimia verbal y como entre los niños o niñas), que formo parte de ella y ella comparte mi vida interior y exterior: ambos somos andróginos. En un poema en prosa, todavía inédito, escribo, refiriéndome al recuerdo de un poema soñado: "Tú lo veías pasar por tu único ojo que baja de tu vientre a posarse en la desembocadura de tus piernas; nos hacía abrazarnos por una atracción quién sabe por qué extraña en el instante en que me mirabas y no me reconocías, sólo decías que tú eras yo y yo era tú". En una entrevista con Rita Gibert, Octavio Paz afirmó que "los hombres deberíamos ser más femeninos y las mujeres más masculinas". Creo que tiene razón. Recuerdo también la respuesta de Gustave Flaubert cuando le preguntaron que quién era Madame Bovary: dijo que Emma Bovary era él.

M. C.: *¿Qué tipo de solidaridad existe con tus personajes?*

C. O.: Desde luego: con mis personajes existe una complicidad parecida a la de con mis amigas las lesbianas, que se adivinan por lo demás hermosas a fuerza de sensualidad natural y profundidad espiritual, desde donde nos son reveladas las verdades poéticas con una intensidad inusitada y hasta insólita (de tan mundanas), por venir justamente de dos seres únicos, excepcionales, que captan la realidad con una individualidad original, sin otra renovación existencial y creativa que la que se posibilitan a sí mismas, abriéndose a lo que precisamente están entregando: la vida. Haciendo del canto su *modus vivendi* ante toda oquedad que las pudiese ahogar y frente al hastío que cada vez es más dominante. Los poemas, sus *adagios*, son extraños: no se parecen a la obra de algún otro autor o autora. Son tan raros como la autonomía de quien les insufló alma, una alma endemoniada: recuérdese el *daimon* órfico, pitagórico o platónico.

Con respecto a mis demás personajes, también son parte de mí mismo: son cuerpos y espíritus (ánimas corpóreas) en los que me he duplicado. Una persona, si en verdad lo es —no como los dictadores o cualquier otro instinto represivo—, es varias personas, diferentes y análogas entre sí. Mis personajes son otros aspectos del mismo Carlos Oliva, sólo que con diferente nombre: la despersonalización es una forma de personalizarse. Mi individualidad se plurifica en la pluridiscencia de mis personajes igualmente pluridiscentes; es una forma de ser con el mundo y de sentir la vida, no nada más en cuanto a una especificidad singular, sino también en cuanto atracción y concentración de otras geografías y altitudes: de otras sensaciones y percepciones. Lo singular universal. También en tanto que una manera de experimentar nuevas e inéditas emociones, de inventar realidades, propias y de mis semejantes. En alguna ocasión Albert Camus declaró que él era un "solitario / solidario". Pues bien, la complicidad con mis semejantes, la identidad con ellos es tan estrecha, que adoptan actitudes, hacen cuestionamientos, exponen preocupaciones y conflictos míos, es decir, propios: hablan por sí mismos.

M. C.: *¿Crees en la verdad poética o en la alteración poética de la realidad? ¿Las dos cosas son lo mismo?*

C. O.: Se trata de que con un signo, un gesto, un símbolo, una exclamación, un silencio, una sonrisa, un poema, un temor, se revele el rostro oculto de la realidad, el auténtico, por muy cruel que pueda ser; se trata de que, a través de la poesía, se afirme la vida: el amor. Al igual que en el instante orgásmico, con y en el poema tenemos que tocar, fugazmente, el absoluto; se nos debe

de velar, tanto en la experiencia poética como en la vivencia mística, el mundo genuino, el cual, no obstante, debemos de penetrar con todos nuestros sentidos corporales y almáticos, para que, al fin (sin ser el final), conozcamos: la poesía, junto con Wordsworth, Colerige y nuestra imaginación, como una forma de conocimiento. Por medio de la poesía se descubre la miseria de la especie humana, aunque también su grandeza. A través de nuestra experimentación con lo sagrado se nos devela la profundidad humana y mundana: se nos entrega, al entregarnos, la realidad sensible y fenoménica.

Así, el arte poético, que es una manera de sobrevivir, es revolucionaria por excelencia: tiene una capacidad de transformación inusitada, inaudita e insólita. Y esto es lo que no soporta la gente: no le gusta que la saquen de sus casillas, que le muestren que dos más dos no son cuatro. Los más, los comunes y corrientes (la gentuza), entre más homogéneos, lineales y racionales sean, más detestarán la poesía: más daño la poesía les hará.

La poesía, con su sola ciencia del espíritu, transmigra el mundo con una pasión y un conocimiento comparables a las de otras ciencias, porque si la poesía, desde Orfeo (siglo VI antes de nuestra era) hasta nuestros días, es la unión de lo inteligible con lo sensible, de lo emocional y racional, lo menos que se puede intentar es buscar el justo equilibrio entre lo sensual y lo mental, lograr el punto arquimédico, sintético y totalizador, que es el poema, entre el cuerpo y la mente, aun a sabiendas de que es imposible: esta es la ironía de la vida. Porque es imposible volar es que hay que volar. Las desventajas son posibilidades. Nos estamos muriendo a cada instante, y no bien, apenas hemos alcanzado, con una difícil sencillez, ser en la existencia de alguna realización, cuando ya es menester volver a empezar y cultivar: vivir y escribir. Creer.

Ahora bien, al crear, tan fisiológica como voluntariamente, un poema, una clave, un placer, una pausa, un exorcismo; lo que mencionábamos al inicio de esta respuesta, tal creación poética tiene y debe de comportar una singularidad irreductible a otras prácticas estandarizadas, pues de no serlo, las actitudes, gestos, palabras, etc., corren el riesgo de formar parte de la generalización y, con ello, su derrota. Antes bien, hay que pro-vocar (vocación de crear y re-crear) nuestra voz y nuestro mutismo más naturalmente personal: ser fieles a nosotros mismos, siempre y cuando sea en la auténtica transversación, en la clara per-versidad de la poesía.

Por lo demás, dice Kierkegaard: "Hay que ser objetivo consigo mismo y subjetivo con los demás". La "subjetividad es verdad, subjetividad es realidad". En mi intro-versión está mi angustia: la verdad y la alteridad poética de la realidad a través del cualitativo *saltum mortale* kierkegaardiano. La liberación cautiva de la realidad es la liberación cautiva de mi realidad.

M. C.: *¿Consideras la tuya como una poesía erótica o sensual?*

C. O.: Creo que la realización de un poema es ya de por sí un acto amoroso, un don: al menos en el caso de mis textos: rinden un culto tácito a Eros. Aunque en muchos de ellos domine el odio, esta ira forma también parte del amor: *eros* y *thánatos* dándose la mano. No existe la vida sin la muerte. Incluso, la ferocidad que contenga un poema es también una manera de patentizar afecto: todo depende del sentido que se le dé a la iracundia. En lo personal, casi siempre procuro que en cada acto que realizo en el poema —y toda poesía es biográfica—, por muy arrebatado que sea, lleve implícito cierta dosis de sensualidad; y esto, por la sensualización de la vida, por el placer de estar vivo. Trato de recuperar y mantener la tenaz voluntad de metamorfosear, en virtud de la poesía, cualquier realidad, aparentemente muerta, en un

ente sensualizado y sensualizante; me arriesgo por tener la capacidad de sensibilizar y sensualizar el universo y todo cuanto me rodea y lo que no me rodea (porque lo tengo adentro: el cosmos apetecible, devorable): la materia de mis poemas y sus realidades temáticas, empezando por el lenguaje, aspiran a ser sensuales; a sentirse, mi poesía, mágica y enigmáticamente sensual, aun cuando muchas veces no se entienda o comprenda: se distiende y se contrae y se repliega, y si su metafísica se siente, qué bueno: incito y excito el mundo, la vida, por y en la poesía.

Pero claro, mi poesía erótica se concentra (centro sagrado) en aquellos poemas donde se hace tangible la imaginación en la unión de los cuerpos desnudos mental y físicamente, compenetrándose, reconcentrando y abriendo sus existencias, anulando el mundo comercial y tecnificado, necrofílico y miserablemente masificado. Aunque también represento, en algunos de mis poemas, los accidentes sexuales: el coito interrumpido, la impotencia o la eyaculación precoz, por ejemplo: de donde, correspondientemente, resultan unos textos fallidos. Ya sugería Kierkegaard que había que hacer, del fracaso, un acto creativo. De todas formas, el erotismo (mutismo viviente) tiene enormes reverberaciones: todo por la poesía viviéndola amorosa, eróticamente, sin la cual no existe ni el goce ni el placer.

M. C.: *En tu poesía hay constantes referencias a la locura, ¿por qué?*

C. O.: Considero que en cualquier posesión espiritual hay cierto grado de locura, así digamos en el trance que se sufre al escribir un poema o en el encuentro con una mujer con quien se padece una atracción apasionada: existen diferentes locuras, todas ellas benignas. A todas ellas Erasmo de Rotterdam les dedicaría un tratado: *Elogio de la estulticia*. En mi poema en prosa que abre *Insomnios*. . ., que se titula precisamente "Elogio de la locura", y que como observa Miguel Donoso Pareja, es una especie de *ars* poética, se advierte ya cierta forma de obsesión existencial, dentro de un orden gótico (lluvia, empedrado, soledad, bufanda, cabello largo, andante. . .) en correspondencia a la obsesión rítmica y significativa del escrito. Y el último poema del libro lo acaba escribiendo un "Idiota o loco" (una de mis duplicaciones: ¿esquizofrenia?, ¿paranoia?, división de la conciencia, del "yo dividido" como diría el antipsiquiatra Laing), en donde se acentúan las obsesiones del autor (o autores); *obsesiones* que en definitiva no alcanzan un estado psicopatológico, antes bien: se suceden en un sentido creativo, tan vital como artístico. Así como hay esta clase de obsesión, hay diferentes clases de locuras en tanto que diferentes formas de neurosis. Pero en los sótanos de mi anegada existencia de hastío y fantasmas, donde fluyen los líquidos tenebrosos del delirio (la sangre flameantemente congelada y extraviada en el deseo) que me mueven e impulsan a cometer suculentos siniestros, se acomete la demencia, hasta que emerge mi puro inconsciente, como en los sueños o pesadillas, sólo que aquí es en la vigilia y en las tinieblas de mi ser desgarrado de las que ya no puedo dar cuenta, porque como nos advierten Platón y Freud, el inconsciente equivale al olvido, y uno de los poderes de la poesía es el absurdo y el sinsentido, sólo que en mí —y esto no es un grato recuerdo— sí ha acontecido la locura, o sea, el *olvido* de sí mismo, por completo y quién sabe durante cuánto tiempo: pude estar ya muerto, sin siquiera haberme dado cuenta, o incriminado a alguien, un alguien que lo más seguro halla sido yo mismo. En efecto, varios de los que yo soy están locos, algunos no tanto como otros: a ver quién gana dentro de toda esta pugna (*Eris*, dicen los griegos). Por lo pronto, me he salvado en parte de los electro-shocks y de esas chingaderas (polizontes merodeadores asaltantes), y aun con mis equi-

vocaciones (en mi pacto con el diablo donde no he perdido el alma), como el ave fenix, he renacido de mis propias cenizas.

M. C.: *¿Influyeron los sucesos del 68 en tu poesía o sólo es una referencia?*

C. O.: El 2 de octubre de 1968, cuando el gobierno mexicano mató a los estudiantes, yo tenía un mes de haber cumplido los 13 años; era la época en que se me revelaba el principio del placer, las crisis espirituales y la conciencia del recuerdo: empezaba a escribir poesía entre la soledad y la lluvia, angustiado. Empezaba a hacer visible mi anormalidad y a leer las claves de las tardes pasionales; dejaba el balón y me internaba en geometrías mucho más peligrosas a las que me iniciaba un nuevo juego de esfera: el front-tennis. Prolongaba mis juegos acuáticos y mi silencio. Mi poema, "Calle Central Dos número veintidós departamento tres", es totalmente autobiográfico: vivía yo al borde del movimiento del 68 y naturalmente que me marcó. El texto no es muy bueno, pero su valor radica en su neta confesionalidad. Ahora estamos entre una guerra perpetua (fascista, técnica y todo) y el poeta tiene que resistir y responder entre tantas ruinas: corroborar al pacifismo.

M. C.: *¿Tu poesía se rebela contra lo establecido? ¿Existe cierto resentimiento?*

C. O.: Mi poesía se rebela contra todo aquello que atente la vida: contra la carrera armamentista, contra el quebrantamiento del orden ecológico, urbano y rural; contra la contaminación de la atmósfera; contra la estupidez del capitalismo y la usura; contra las plantas nucleares; contra el implantamiento de la pobreza material y humana. Esto, que puede sonar escandaloso, y que en verdad lo es: soy un anarquista decadente, tiene su efecto en que, por ejemplo, la guerra de Viet-Nam se terminó, en gran medida, gracias a los escritores y artistas, y si mi poesía, a última instancia, coadyuva a evitar o a hacer habitable el holocausto, para eso estamos. Estoy resentido por todo el embrutecimiento y muerte de la vida, por todo aquello que constantemente está destruyendo el alma sensitiva; por todo aquellos que quiera coartar la libertad y mi fáustica sonrisa: mi nihilismo no deja de afirmar nuevos valores.

M. C.: *¿En qué medida ha influenciado la música en tu poesía?*

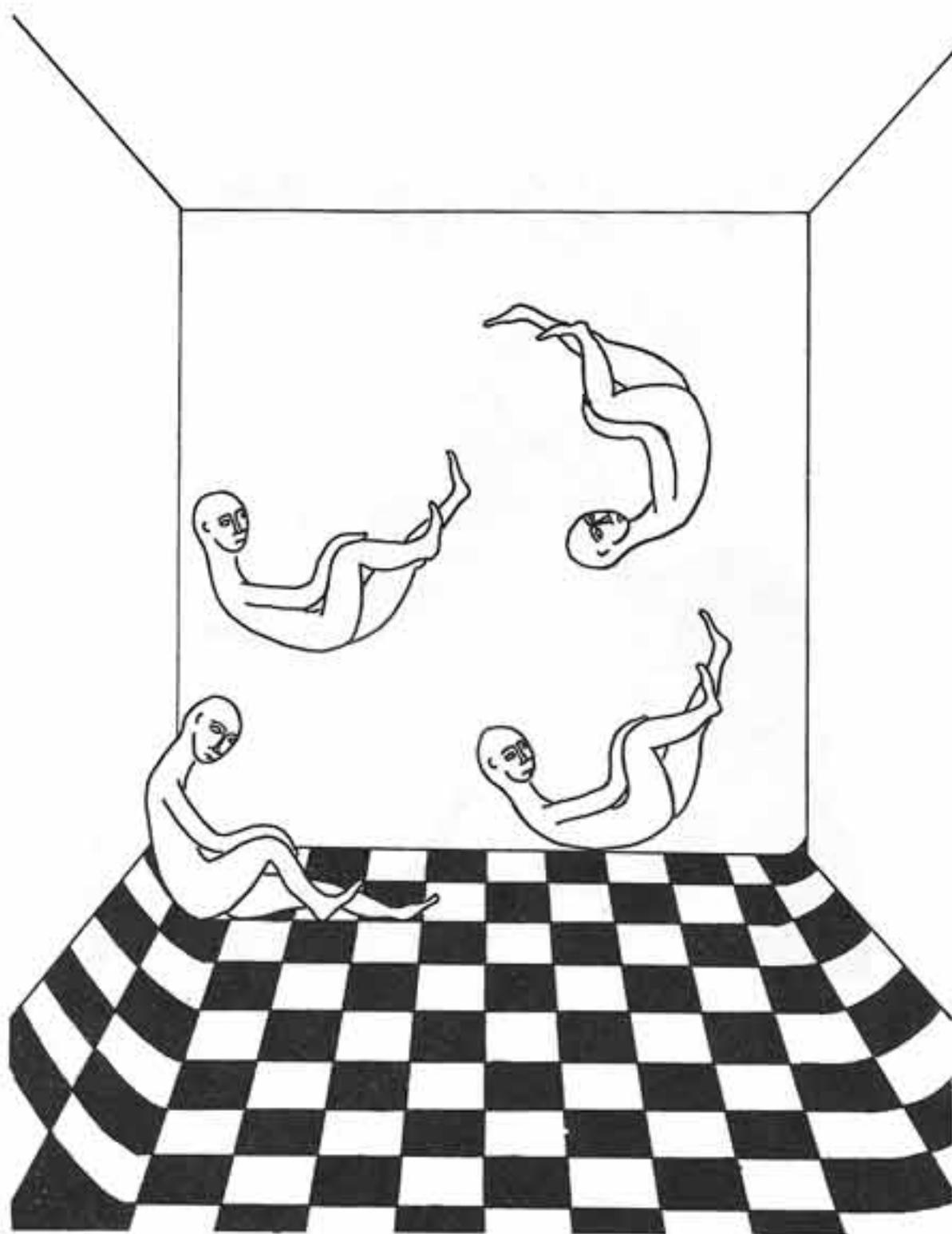
C. O.: Entre otras manías kafkianas, soy un melómano; la música me ha influenciado tanto, que ha llegado a formar parte del ritmo de mi existencia, de mi manera de hablar, de callar y, por lo tanto, de escribir: mi poesía es consubstancial a la musicalidad. Hay que recordar que, entre más unida esté la palabra con la melodía, hay mayor elevación poética. O como nos dice Pound: "Hay tres clases de melopoeia: versos hechos para ser cantados; para canturrear o entonar, y para hablar. Cuanto más viejo es uno, más cree en la primera".

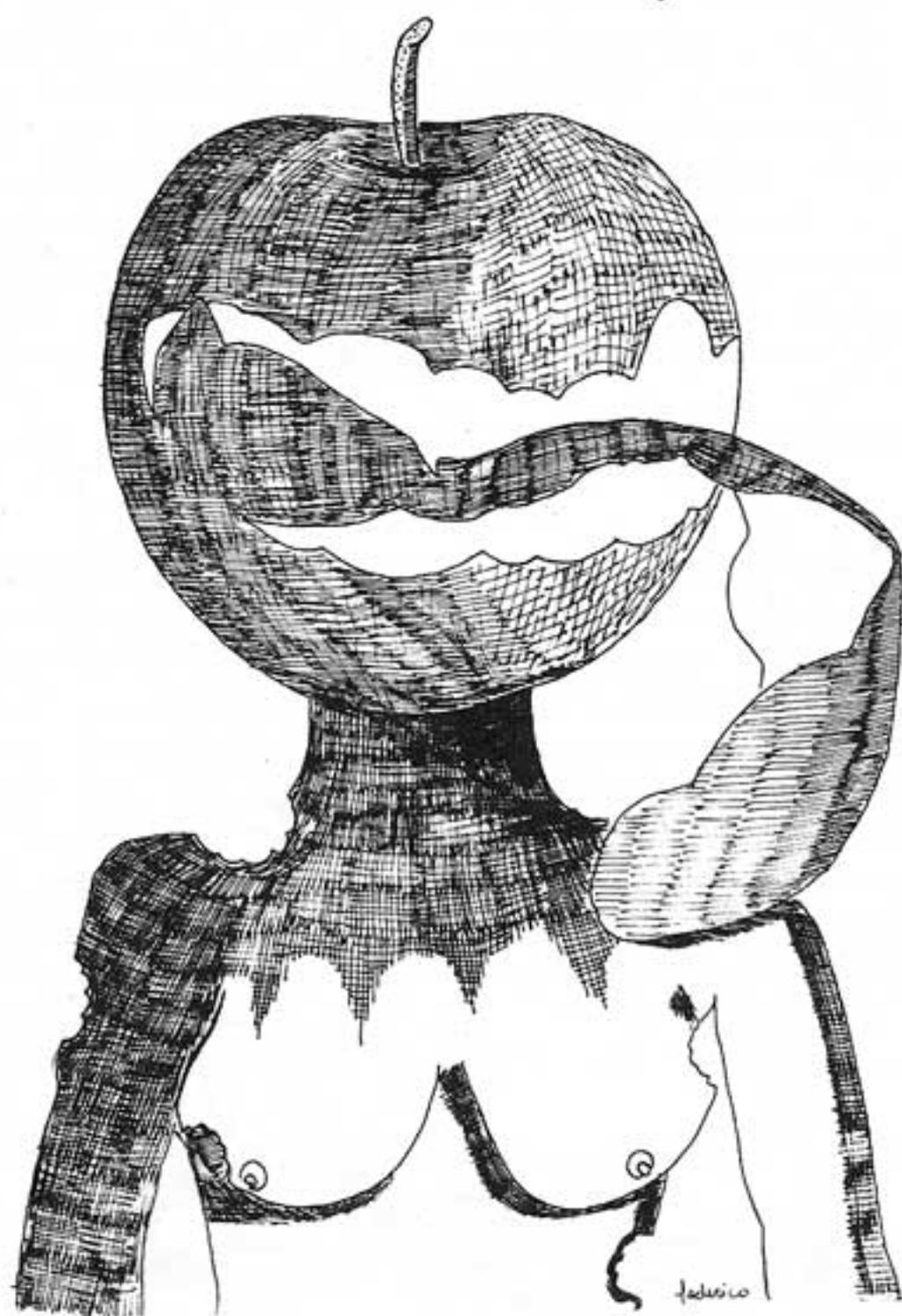
M. C.: *¿Cómo te ubicas dentro de tu generación y qué opinas de los poetas de tu generación?*

C. O.: Yo no me ubico en ningún lado: estoy fuera de lugar en todas partes. Soy un extranjero en mi propia tierra; incluso, llego a ser extranjero de mí mismo: soy un poeta solitario. Me siento más contemporáneo de un poeta nacido hace una década o hace siglos que de uno de mi misma edad. De los poetas de mi generación guardo simpatía por la poesía de Vicente Quirarte

(sin sus desequilibrios cultistas), de Pablo Arrangoiz (un poco mayor y aún inédito); de otro inédito: Virgilio Torres. Aparte de otros poetas de mi generación que ni fu ni fa, que no me producen entusiasmo alguno o que todavía no han sabido hablar por cuenta propia, tengo gusto por el misticismo y el sentido de la forma de la poesía de Javier Sicilia. En fin, tengo atracción por la tempestad y el júbilo, si pertenecen a una poesía silente.

*Villa de Santa María de Yera,
Fortín Chimalistac, abril del 82.*





**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO**

Rector

Dr. Octavio Rivero Serrano

Secretario General

Lic. Raúl Béjar Navarro

Secretario General Administrativo

C. P. Rodolfo Coeto Mota

Secretario de Rectoría

Dr. Jorge Hernández y Hernández

Abogado General

Lic. Ignacio Carrillo Prieto

Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Alfonso de María y Campos

Director General de Difusión Cultural

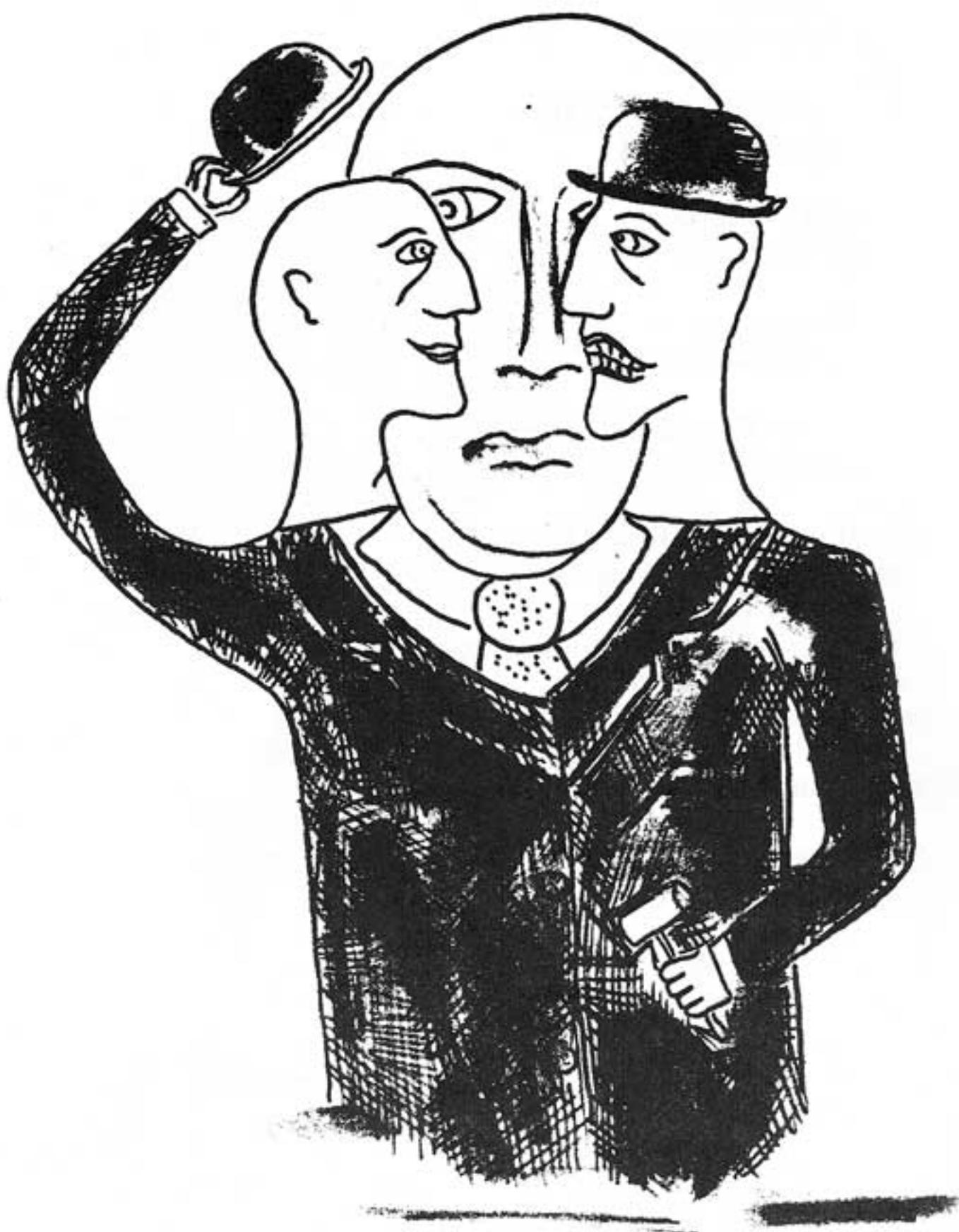
Lic. Fernando Galindo Treviño

**Departamento de Talleres, Conferencias y
Publicaciones Estudiantiles**

Marco Antonio Campos

difusión cultural/UNAM

**Departamento de Talleres, Conferencias y
Publicaciones Estudiantiles**



44

En la Imprenta Editores e Impresores FOC, S.A.
se terminó la impresión de Punto de Partida No. 75-76
en Septiembre/1982
La tipografía se hizo con Baskerville 11/13.
Se tiraron 2,000 ejemplares.



